

INTRODUCCIÓN

Cotidianamente nos vemos sorprendidos por la forma en que los medios tecnológicos son capaces de modificar profundamente nuestros hábitos, relaciones y expectativas. Entre otros aspectos, nuestra vivencia del tiempo se ve afectada por una tendencia hacia la velocidad y la contracción, de modo que siendo la menos tangible de las dimensiones, se convierte en el más escaso y preciado de los bienes. Esto resulta evidente para una interpretación natural y pre-filosófica. Sin embargo, cuando tomamos en cuenta la insistente reflexión filosófica del siglo XX sobre el tiempo y su inseparable vinculación con las estructuras de la existencia humana, no podemos sino invertir el análisis anterior para concluir que las formas de vida que se manifiestan en la sociedad, emergen desde una experiencia previa, pre-reflexiva sobre el tiempo; de esto resulta que aquellas estructuras sociales y económicas que creemos actúan como fundamento de nuestros modos de ser, son resultado más bien de una determinada experiencia del tiempo.

Por lo pronto, lo que se nos aparece como próximo al fenómeno de la aceleración y contracción temporal es el orden económico, que impone una lógica productiva en que el tiempo es un factor esencial a tomar en cuenta en vistas del rendimiento. La economía moderna, con su énfasis en la circulación de bienes, divisas y signos, impone un ritmo no sólo al aparato productivo, sino también a las formas cotidianas de existencia. La agenda se transforma en un sistema de administración integral de la vida individual. La pausa, la demora, y sobre todo la meditación no tienen lugar en esta lógica. Se impone una racionalidad económica en el uso del tiempo, toda vez que se lo entiende como un recurso utilizable, y por tanto, aprovechable, que conviene no dilapidar. En este esquema, el ocio y la creación, como advierte Nietzsche “se vuelven sospechosos”

Una definición convencional de economía nos refiere a aquella disciplina que estudia la asignación de recursos escasos a fines múltiples; debemos considerar, sin embargo, que dicha definición está orientada por una tendencia dominante a

situar este tipo de conocimiento en el ámbito de la ciencia estricta, independiente de su contexto social y político.

Esta visión nos remite al plano de las motivaciones prácticas, donde lo que está en juego son las reglas del intercambio, del rendimiento y de la circulación. Llama la atención aquí un aspecto que subyace a la definición mencionada y que por lo común es interpretado como un factor más en la resolución del problema económico. Dicho factor es el tiempo, cuyo tratamiento refleja un tipo de pensamiento que no es exclusivamente económico, hablamos de la técnica.

Las consecuencias de este enfoque no son menores si consideramos que el tiempo no es un factor ajeno a nuestra propia existencia finita y, más aún, de acuerdo al planteamiento de Heidegger, si tomamos en cuenta que constituye una estructura ontológica que determina nuestras experiencias fundamentales. Dicho de otro modo, en la economía se manifiesta una forma de dominio sobre los entes que Heidegger ha identificado con el pensamiento técnico.

Es preciso entonces investigar de qué forma se configura, desde el punto de vista del pensamiento, una concepción de la temporalidad dirigida hacia el rendimiento, la productividad, la aceleración y la transformación de lo cualitativo en cuantitativo. El imperativo de eficacia que predomina en la economía, que irradia su efecto en muchos otros campos, podría estar vinculado al modo en que se asume sin mediaciones un concepto de temporalidad que es lineal, óptico, pragmático y homogéneo. Esto cobra particular relevancia en lo que compete a la lógica del dinero, en que el tiempo se ha transformado en un factor decisivo para el rendimiento, sobre todo en lo que se refiere a la *economía nominal*.

A partir de estas consideraciones sobre la relación entre tiempo, economía y técnica, nos podemos plantear como objetivo desarrollar y explorar la siguiente hipótesis:

Podemos considerar el tiempo como una matriz básica sobre la cual opera el pensamiento técnico con su imperativo de eficiencia; esta operación se manifiesta en un acceso al concepto del tiempo en la perspectiva que es determinante para la economía. En ella el tiempo se ha convertido en una especie de capital esencial e

insustituible que conviene administrar de la manera más eficiente posible en función de una suerte de contracción que permite hacer y producir más en menos unidades de tiempo, llegando al extremo de un tiempo plenamente interpretado en términos productivos, es decir, en términos de un bien de valor inestimable.

Es significativo que el inicio de la época moderna es señalado, entre otros grandes descubrimientos, por la creación del reloj mecánico, que pretende representar la gran máquina del universo que funciona según leyes necesarias y ritmos constantes. Una vez que la economía ha entrado en un régimen semejante al mecanicismo, desvinculándose de sus aspectos domésticos, ha demandado una puesta en disposición del tiempo, cada vez más exigente desde el punto de vista ya no sólo del trabajo, sino de toda la actividad humana. Por ejemplo, el tiempo libre y su industrialización, o también, la valorización del futuro en función de las expectativas.

Estos planteamientos tiene sentido en el contexto de una consideración filosófica del tiempo, específicamente la que nos propone Heidegger en las dos etapas de su pensamiento que se expresan en “*Ser y Tiempo*” y la posterior conferencia “*Tiempo y Ser*”. Es necesario identificar sobre esta base el tipo de pensamiento, con sus presupuestos metafísicos, que opera en la concepción del tiempo que se impone en la economía, para constatar hasta qué punto nuestra experiencia de la temporalidad es determinante en nuestro proceder práctico, y en qué medida la administración de bienes debe comenzar, como presupuesto esencial, con una administración del tiempo, supuesto que este tiempo es algo disponible.

La hipótesis planteada encuentra sustentación en un análisis previo del fenómeno desde el punto de vista filosófico, en el que el tiempo lineal y homogéneo, que sirve de referencia a la economía, sólo es la interpretación que resulta, según el análisis de “*Ser y Tiempo*”, de ciertas modificaciones de la temporalidad que se dan a un nivel ontológico. El planteamiento de Heidegger es pertinente a este propósito en la medida en que nos muestra que el tiempo forma

parte de nuestras estructuras ontológicas cuya auto- interpretación conduce hacia una concepción vulgar o cotidiana del tiempo.

La investigación que emprenderemos consta de tres secciones donde abordaremos la temática de la concepción *técnico-económica* del tiempo en tres dimensiones principales: en primer lugar, centraremos la atención en las manifestaciones de orden sistémico y estructural que adopta la concepción técnico-económica del tiempo, en la medida que constituye un orden supraindividual, e impone su lógica como funcionamiento autónomo. En segundo lugar, escudriñaremos los efectos que tiene esta perspectiva en la esfera de la subjetividad, cuestión que no implica recluirse en una casuística, donde el tiempo adopta la forma de una experiencia individual, sino un tomar debida nota de aquellas tendencias sociológicas en que se expresa una experiencia común, que por lo demás viene potenciada por una cultura globalizante. Fenómenos como el instantaneísmo, el hedonismo, el narcicismo y la “*sociedad a la carta*”, en expresión de Daniel Bell, caen dentro de este análisis. Finalmente, las cuestiones anteriormente tratadas serán contextualizadas en una comprensión filosófica sobre las concepciones del tiempo; donde el factor principal es el pensamiento técnico, que se presenta como la forma más acusada de la modernidad, y que es comprendida en la perspectiva de la reflexión heideggeriana sobre la metafísica y su extensión epocal. Este último análisis se desarrollará en dos direcciones fundamentales:

1. En el ámbito de la “analítica existencial” desplegada en “Ser y Tiempo”; aquí nos concentraremos en una descripción de las características, origen y manifestaciones de la concepción vulgar del tiempo, teniendo a la vista, por contraste, una concepción de la temporalidad propia.
2. En el ámbito de una reflexión histórico-filosófica de la técnica y sus amplias consecuencias para la concepción moderna, tecno-económica, del tiempo.

En las conclusiones se abordará ciertas proyecciones de los conceptos obtenidos en la investigación, y que apuntan a la posible evolución de las relaciones entre el ser humano y su quehacer económico; y, en mayor medida,

entender hasta qué punto se puede considerar a la economía como una ciencia autónoma, que está sujeta a patrones técnicos, y qué consecuencias se desprenden de esto.

Pensamiento técnico, tiempo y economía.

Si concordamos con Heidegger en que el pensamiento técnico, en su dimensión supra-instrumental, como interpretación de lo ente en función del cálculo, es la característica primordial de la época moderna como dirección histórica, tenemos que incluir en dicha forma de pensamiento una concepción del tiempo particular. Ahora bien, el tiempo no es un fenómeno respecto del cual podamos fijar determinaciones positivas, puesto que nosotros mismos, sujetos cognoscitivos, somos ese mismo tiempo; por tanto, cualquier teoría o interpretación de él afectará de un modo decisivo nuestro de comportamiento teórico y práctico. De esta manera, una concepción técnica del tiempo tendrá que instaurarse como verdadera matriz histórica: conforme a ella, todo acontecimiento cae bajo la consideración de un tiempo público, homogéneo y nivelado, lo que es el presupuesto necesario para una calculabilidad y productividad en sentido temporal.

Proponemos a continuación que desde esta perspectiva es posible explicar la progresiva imposición de un imperativo eficientista en la economía. Este imperativo se transforma en un objetivo supremo y excluyente, como última instancia de validación de la actividad humana, llegando a supeditar a la misma política a sus decisiones técnicas. El supuesto operante es que la economía trata acerca de un objeto bien determinado, cuyo comportamiento es independiente de los requerimientos humanos; se reclama una asepsia epistemológica para el saber económico, cuyo trasfondo es puramente técnico.

Uno de los principales componentes del imperativo económico es el crecimiento constante, que se ha convertido en un mandato universal; el proyecto ilustrado de un progreso moral de la humanidad queda ahora capturado por una fórmula de

desarrollo y crecimiento donde lo importante es la expansión sin límites de un sistema de consumo, en que el fin o la dirección ya no es un dato disponible. Lo que actúa es una idea *fantasmática* de la modernidad, un progreso desprovisto de un significado racional y teleológico. El crecimiento constante representa la esencia de un proceso en que lo cualitativo se reduce a lo cuantitativo, donde lo mejor es lo que es más. La expansión económica es un medio que se ha convertido en fin, sin atender, de un modo determinante, a un contexto de necesidades humanas. El concepto mismo de lo que es una necesidad humana se ha reducido al de un bienestar que resulta de una cuantificación en orden a la demanda de bienes. La satisfacción del consumidor es el único horizonte donde aún se puede apreciar el elemento humano. Por otro lado, el sistema económico establece cuáles son las necesidades a las que hay que dar satisfacción.

En la época moderna, en especial a partir del siglo XX, predomina entonces una concepción técnico-económica del tiempo; esta forma de pensamiento se relaciona con lo que Heidegger ha descrito como “*temporalidad impropia*”, de donde se determina una “concepción vulgar del tiempo”. Según esta interpretación, el tiempo es un fenómeno “ante los ojos”, e incluso un instrumento “a la mano” un *pragma*. Lo que intentaremos describir en esta investigación es una forma económica de la “temporalidad impropia”, en que ciertas nociones asumidas como datos establecidos permiten operacionalizar el tiempo como variable de producción. Trataremos de mostrar que una concepción tecno-económica del tiempo actúa como fundamento pre-reflexivo de una serie de distinciones y determinaciones de orden instrumental enfocadas hacia la eficacia. Uno de los puntos decisivos es la desconexión pensada y practicada entre valor de uso y valor de cambio en los bienes producidos por el sistema económico. El efecto resultante de esta división y exclusión es la separación del factor estrictamente humano, presente en el trabajo, de las consideraciones económicas. De modo que el sistema de producción comienza a ser concebido como una maquinaria autónoma. En este fenómeno, de enormes consecuencias, se ve reflejado el alcance sistémico y estructural del pensamiento técnico, donde la racionalidad es confinada a una posición neutral y funcional desconectada de sus contenidos teleológicos.

La brecha entre valor de uso y valor de cambio tiene una expresión clara en la preponderancia de la economía nominal frente a la economía real. El valor económico no está en función del costo de producción, de la necesidad o de la escasez. Es un orden que se vuelve independiente, al punto en que capitales virtuales tienen un enorme impacto en el sistema. A este fenómeno apunta Baudrillard cuando describe una tendencia a la *“orbitalización de lo económico”* por ejemplo, en la existencia de capitales *“flotantes y especulativos”*.

Esto no sólo se refiere al capital excedente sino también a la creciente deuda, que ya no es exclusiva del tercer mundo, también afecta al primero. Lo singular es que se trata de una deuda que no puede extinguirse; si se pagara y el capital fuese invertido podría provocarse una crisis; entonces ese capital permanece en *“órbita”*, aunque genera una rentabilidad.

La economía financiera ha adquirido una autonomía respecto al flujo real de bienes y servicios. Esto se muestra con particular crudeza en las crisis que se desencadenan a partir de una pérdida de confianza en la estabilidad del sistema. En estos casos la dificultad no está en el aparato productivo, sino en la vinculación de los agentes con la economía nominal que requiere de cierta credibilidad.

Las temibles *“corridas bancarias”*, por ejemplo, se producen cuando los depositantes se apresuran a retirar sus inversiones de un banco por un difundido pánico frente a la posibilidad de que dicha institución no sea capaz de responder con su patrimonio. Esto opera como profecía auto cumplida: el banco efectivamente se vuelve incapaz de responder. Por esta razón, los bancos centrales, garantes del sistema financiero proveen a los bancos de la liquidez necesaria; y en no pocas oportunidades estas acciones constituyen una *“estatización”*. Otro tanto ocurre en las bolsas de valores que representan el lugar donde es depositada la credibilidad de todo el sistema. En síntesis, la economía mundial se mueve en función de las expectativas.

La desvinculación de lo *“real”* y su imagen se expresa también en el comportamiento prospectivo-económico. Se diseñan escenarios que sirven para la

evaluación de proyectos mediante la “valorización” del tiempo vía tasa de interés. Esto significa que el valor de una empresa, supuesto un contexto determinado, es capaz de generar flujos positivos durante cierto periodo; estos flujos al ser descontados por medio de una tasa de interés o “precio del dinero”, revelan un valor presente que excede el valor estacionario. Este modelo de operación, cuyo fundamento es una representación monetaria del tiempo, también entra en crisis con la pérdida de expectativas ante un futuro que se vuelve incierto.

Otro aspecto de la interpretación tecno-económica del tiempo tiene que ver con el impacto de la tecnología en el trabajo. El objetivo parece consistir en una comprensión que permite producir más en menos tiempo: para lo que previamente se ha reducido el concepto del tiempo a la noción de valor hora-hombre. Esta aceleración del proceso productivo conlleva una aceleración vital; en la medida que cada unidad de tiempo trabajo adquiere mayor valor, las personas trasladan este principio de valoración a sus propias existencias, recargando sus agendas, multiplicándose e imponiéndose el mismo ritmo y velocidad del sistema laboral, para terminar en la sensación de que no hay tiempo. Se llega a perder de vista el proyecto vital pues el objetivo consiste en ser eficientes sin propósito determinado, de este modo se acentúa la distancia entre un tiempo existencial y un tiempo artificial que invade el espacio de la acción social.

La administración efficientista del tiempo llega a un extremo cuando la lógica productiva abarca territorios aparentemente inmunes como los comportamientos relativos a la finitud y los eventos imprevistos. Nos encontramos aquí con los seguros, en que se asigna un valor a la probabilidad de una interrupción del proceso productivo; la adquisición anticipada de la última morada, y, en última instancia, la criogenización y conservación del material genético para una posible transcendencia biológica. Se evidencia en esto el intento del pensamiento técnico por evadir la finitud, actuando el sistema económico como el soporte material de esta obsesión.

La profundización de la distancia entre el tiempo vital, con sus ritmos particulares y afectivos, y el tiempo abstracto imperante en la acción colectiva, aparece como un fenómeno irreversible. Sin embargo, de acuerdo a los

planteamientos de Heidegger en *“Ser y tiempo”*, la tensión ontológica entre un tiempo propio e impropio no se resuelve en la anulación del uno por el otro; aunque la imposición del pensamiento técnico nos conduce al extremo de la impropiedad. En el lenguaje de Baudrillard, hay momentos “virales” en que lo cualitativo escapa al dominio de lo cuantitativo; todo sistema complejo y altamente organizado muestra su fragilidad por exceso de eficiencia e inmunidad cuando es desestabilizado desde dentro por un efecto catastrófico que es alimentado por nuestros propios temores. El momento viral marca el regreso de la fuerza que se ha tratado de anular, bajo el signo del azar y el caos.

Con estas indicaciones sumarias nos adelantamos a una descripción más detallada del modo en que se presenta el concepto del tiempo en una actividad que figura en el área de influencia del pensamiento técnico; nos referimos a la economía. El modelo imperante, con su énfasis en el crecimiento y el desarrollo, hasta el punto de operar como ideología única, pone en acción una forma de temporalidad radicalmente objetivada en términos de rendimiento. Cabe preguntarse entonces, si no es el pensamiento técnico, desvinculado de sus iniciativas racionales-teleológicas, y en una instrumentalización pura, el que determina una coacción generalizada que se expresa en términos económicos. A este respecto, existe un cumulo de fenómenos contemporáneos, que muestran una lógica que comporta una configuración del tiempo en función de su valor monetario, y en ello, el dinero funciona como una forma de tiempo condensado. Estos fenómenos serán tratados en las dos primeras secciones ordenadas según se trate de los aspectos sistémicos y estructurales, o de los aspectos subjetivos, o psico-sociológicos.

A continuación indicaremos sintéticamente algunos planteamientos en la obra de Heidegger que nos permiten fundamentar las hipótesis anteriormente esbozadas, desde una concepción filosófica del tiempo. El objetivo será comprender el modo en que hemos llegado a una comprensión exclusivamente cotidiana del tiempo, y cómo esto determina nuestros vínculos de orden práctico y teórico con los entes.

En último término fijaremos nuestra atención en los planteamientos sobre el tiempo en la perspectiva de una reflexión sobre el pensamiento técnico; cuestión ampliamente tratada por Heidegger en lo que se identifica como la segunda fase de su obra.

En "*Ser y Tiempo*" se propone plantear la cuestión del sentido del ser en el horizonte del tiempo: esto significa que el tiempo no será ya entendido como una magnitud objetiva dada, puesto que su exegesis se desarrolla en el ámbito de la pregunta ontológica, donde está en juego el ser del hombre. El problema el tiempo aparece asociado al carácter de apertura o éxtasis atribuido al hombre. Sin embargo, no debe entenderse esta vinculación como una reducción del tiempo a la subjetividad; más bien se trata de entenderlo como una tensión ontológica en que se patentiza la relación del hombre con el Ser. Esta es la razón por la que ya no se habla de sujeto o cosa pensante, sino de ser-ahí, para referirse al hombre. De este modo el tiempo aparece como esencia del hombre en tanto manifestación de aquello a lo que se apunta con la pregunta por el ser, y ahora hablamos entonces de temporalidad.

Entender cómo nuestra concepción de tiempo afecta nuestra comprensión del mundo implica establecer de qué modo pasamos desde una temporalidad esencial, ontológica, a una temporalidad cotidiana, de sentido común. Ésta transición desde lo ontológico a lo óntico es concebida como una modulación, antes que como una distorsión, pues la temporalidad vulgar no constituye una falsedad o erro teórico respecto a la temporalidad. Sólo a partir de un análisis de los modos de ser del hombre, que se evidencian en la cotidianidad, se puede reconocer los caracteres ontológico-temporales propios del ser-ahí, estos se denominan existenciales.

La exploración de los fundamentos de la temporalidad cotidiana hace necesaria una referencia a la temporalidad impropia, que ha de entenderse como una modificación de la temporalidad propia que está situada en el nivel ontológico. Por lo tanto, es inevitable ver a través de la temporalidad de sentido común, para llegar a la propia. Éste es un procedimiento habitual en la analítica existencial; se interpreta la cotidianidad de término medio como expresión derivada del plano

ontológico, el que de alguna manera se oculta en aquella. Es posible entonces establecer una relación entre el plano ontológico de la existencia humana, y el plano óptico del tiempo como magnitud disponible, que sirve de orientación a la ciencia y a la praxis económica; el termino mediador es el tiempo nivelado y homogéneo de la concepción cotidiana.

El tiempo es tratado aquí de acuerdo a la diferencia entre un plano ontológico, relativo a los modos de ser del ser-ahí, y un plano óptico relativo a útiles y objetos (en sentido práctico y teórico). El tiempo impropio se deriva de una inmersión en lo óptico, en que tenemos que encontrarnos con cosas, objetos, útiles y una dimensión en que transcurren los acontecimientos que aparece como externa, dada, absoluta, secuencial y homogénea. Por otro lado, existe un nivel ontológico determinado por una relación del hombre con lo que no es óptico, y que en cuanto se halla referido al carácter insoslayable de la finitud, nos remite a una forma de temporalidad interna, inmanente, singular, propia, que no es posible conceptualizar según categorías ópticas.

El contraste no tiene como objetivo señalar un error de juicio respecto a la naturaleza del tiempo; el plano óptico no constituye necesariamente una falsedad. Tampoco se podría atribuir esta forma de interpretar el tiempo a una conducta pragmática deliberada. Heidegger intenta mostrar que la interpretación cotidiana y óptica del tiempo es una variación inserta en el propio nivel ontológico de la finitud. El tiempo es medido porque al ser-ahí le preocupa expresamente o no su propio ser relativo a la muerte. Entonces, habría una tendencia casi “natural” al encubrimiento de la temporalidad propia y específica, con el fin de situarse en el ámbito de un proceder práctico y teórico que otorga tranquilidad.

Con respecto a la hipótesis sobre el concepto del tiempo imperante en la economía, cabe señalar que el disponer del tiempo en la perspectiva de la eficacia, debe necesariamente contar con una interpretación impropia cuya base está en el encubrimiento de lo propio a través de lo público, lineal y calculable.

De hecho, no es poco frecuentemente que la propia vida se valdrice por consideraciones de orden económico. En otras palabras, es usual que el trabajo,

la eficiencia y el éxito sean percibidos como valores y no como las formas que puede adquirir un embozamiento de la finitud.

La existencia de relojes, agendas y calendarios reflejan la tendencia natural a contar con el tiempo como si pudiésemos disponer de él, de un modo más o menos eficaz. No estamos señalando que somos esclavos del tiempo porque existen tales instrumentos; sino que percibimos que estamos en esta condición porque creemos poder administrar lo que somos, que es precisamente tiempo. Lo que sucede es que, el deseo de dar una mayor intensidad a la existencia, es interpretado como un aprovechar el tiempo en la medida en que logramos comprimir más hechos en la misma unidad temporal. Se actúa como si el tiempo estuviese desprendido de su contenido, como si fuera un ente “a la mano” o “ante los ojos”. Este efecto de la comprensión vulgar del tiempo se manifiesta en una obsesión por la productividad que podríamos considerar una auto-enajenación del ser-ahí, desde la condición de terminada por la cura.

La angustia colectiva por la velocidad, la eficiencia, y todos los parámetros de rendimiento provienen de este modo de comprender el tiempo. Se hace operativa una abstractización de la existencia.

El empeño por controlar el tiempo es descrito por Heidegger del siguiente modo:

“Cuanto menos ha de perder el tiempo el ser-ahí que se cura de él, tanto más ‘precioso’ se vuelve: y tanto más manejable tiene que ser el reloj. No sólo debe poder indicarse más exactamente el tiempo, sino que el mismo determinar el tiempo debe requerir el menor tiempo posible y con todo ser al par concordante con las indicaciones de tiempo de los otros.”

HEIDEGGER, Martin, *Ser y Tiempo*, parr. 81, pág. 450-51

Este tipo de fenómenos, si bien caen dentro de una descripción de la concepción vulgar del tiempo, admiten un tratamiento que va más allá de “Ser y Tiempo”. Nos referimos a la meditación sobre el “pensamiento técnico”, identificado como la fuerza imperante en la era moderna. Un análisis de esta nueva perspectiva sobre la cuestión nos permitirá llegar a una comprensión reflexiva del concepto del tiempo que domina en el comportamiento económico, e incluso en la ciencia que pretende estudiarlo.

Para introducir este análisis es pertinente formular la siguiente interrogación: ¿es la inautenticidad, con su interpretación característica del tiempo, como infinita sucesión de “ahoras”, y como transcurrir homogéneo e irreversible, una condición inherente al ser-ahí en cualquier época? ¿O más bien es una condición determinada por la historia y sus inflexiones?

Un tema predominante en las obras posteriores a “Ser y Tiempo” es el fenómeno de la técnica moderna, y los supuestos filosóficos que están implícitos. Habría un modo de pensar que es técnico, aunque no según el paradigma clásico de la relación entre teoría y praxis. El pensamiento técnico parece imponer un concepto del tiempo, que de alguna manera encuentra resonancia en la comprensión vulgar descrita en la analítica existencial.

Sin embargo, el pensamiento técnico representa un modo de interpretar el tiempo que no surge exclusivamente de una modificación de las estructuras ontológicas del ser-ahí. Habría, en cambio, una determinación histórica que afecta la forma de considerar el tiempo. El giro filosófico radica en que el ser ya no es interpretado en función del ser ahí; sino que el ser-ahí es puesto en la perspectiva del ser mismo, en tanto apertura epocal. Esto supone que el ser está pensado como historia o acontecer; no la secuencia fáctica de hechos que se vinculan causalmente, sino la verdad que se revela en los acontecimientos. La historia, pensada desde el ser, no constituye un escenario de la voluntad humana en la lucha

por la emancipación de los elementos, sino la correspondencia de un pensamiento convocado desde la pregunta por el ser.

La técnica aparece como un modo de la verdad del ser, que acaece históricamente. Para alcanzar esta perspectiva ha sido necesario distinguir nuevamente los dos planos del análisis: óptico y ontológico.

El pensamiento convencional interpreta el fenómeno de la técnica como un ente ante los ojos, como un sistema de instrumentos, máquinas, procesos, fuerzas y energías que el hombre ha dispuesto para alcanzar sus metas racionales. En este plano "óptico" se mueve la "concepción instrumental de la técnica". Pero, en el plano ontológico, se puede concebir una "concepción verdadera". Según ésta, el fenómeno técnico es la materialización de un pensamiento técnico, que corresponde a un modo de manifestarse el ser mismo en la época moderna. Pero es una respuesta unilateral en que el hombre se ve compelido a un desmesurado afán de dominio sobre su entorno y sobre sí mismo. A su vez, esto viene condicionado por un modo de la verdad, que Heidegger describe en *"La Pregunta por la Técnica"* como un *"des-ocultar provocante"*, en que la naturaleza no es vista desde sí misma, sino desde el cálculo en función del procesamiento y la producción.

Lo que pareciera interesar de un modo especial al pensamiento técnico es el control sobre la temporalidad, y a través de ella, de la totalidad de las dimensiones de lo humano. Es, en este mismo sentido, que se puede afirmar que el reloj es el instrumento de los instrumentos, porque a través suyo se homogeniza y pone en simultaneidad hombres, sucesos y cosas.

Por lo tanto, identificar el concepto del tiempo característico del pensamiento técnico es fundamental para comprender hasta qué punto es radical el proyecto moderno del dominio del sujeto sobre el mundo, y sobre sí mismo. Será fundamental también para entender reflexivamente el tratamiento económico del tiempo, donde la existencia es puesta en disposición para el rendimiento. En esto se explicaría también la preeminencia del tiempo como factor productivo, y su consecuente valorización monetaria.

I.

EL TIEMPO Y EL RELOJ

Cuando investigamos la relación que establece el hombre con el tiempo, de inmediato nos percatamos que se trata de un vínculo particular que no es extrínseco; se debe a que cualquier interpretación dada al fenómeno va a afectar diversos aspectos de la existencia humana. Supone entonces un planteamiento general respecto a la relación entre el pensamiento y la praxis cotidiana. Si contemplamos como parte de la esencia humana el pensamiento, sabemos que todo individuo piensa de alguna manera, consciente o inconscientemente, es decir, tiene una interpretación del mundo y actúa en función de ésta.

En la Época Moderna se da por supuesto que el tiempo es una magnitud mensurable en términos objetivos; y que esa mensurabilidad puede ser cada vez más precisa¹. Según este supuesto se entiende que el tiempo es un parámetro independiente del modo de ser del hombre. No es extraño que bajo tales premisas haya aparecido el reloj como una solución al problema de la medición y administración del tiempo. Por otro lado, se podría pensar que el reloj forma parte de la historia del desarrollo tecnológico, y por tanto que surgió en respuesta a una necesidad natural de medir el tiempo; sólo que es la Época Moderna la que proporciona los conocimientos sobre mecánica y materiales para producir una máquina suficientemente precisa.

Este punto de vista hace tabula rasa de los condicionamientos culturales y civilizatorios que determinan la aparición de este instrumento; dicho desde el

¹ Ver el concepto del Tiempo en Newton como parámetro constante y absoluto.

pensamiento de Heidegger: cada época determina, de una manera particular, el modo de acceso al ser de los entes, también a una concepción del tiempo correspondiente.

En términos empíricos se considera que el reloj ha surgido en Europa entre los años 1271 y 1341:

“... Si definimos ‘reloj mecánico’ desde una perspectiva puramente taxonómica, identificándolo con ‘mecanismo de escape’, no tardaremos en darnos cuenta que el reloj mecánico es relativamente independiente de su aparente génesis astronómica. Esta relativa independencia entre el ‘mecanismo de escape’ (que podríamos llamar a partir de ahora, para simplificar, “cronómetro terrestre”) y el contexto astronómico, lleva a los historiadores de la técnica a intensos debates sobre si el contexto astronómico es un contexto verdaderamente genético del cronómetro terrestre o si es un simple contexto de aplicación, y sería necesario buscar el contexto genético en algún factor anterior.”

GONZALEZ, Joan; *Heidegger y los Relojes*, pág. 181

De estos hechos cabe interpretar que el descubrimiento y desarrollo del reloj es un fenómeno que anuncia la modernidad a tal punto que, sin este cambio de paradigma, sería impensable este instrumento; cuando investigamos el origen empírico del reloj nos percatamos que este asunto merece algunas aclaraciones.

En primer lugar, se ha de establecer qué tipo de instrumento es el reloj; pues han existido antecesores como el gnomon, el reloj de arena, la clepsidra. Aquí entra en juego la definición moderna de máquina, la que nos permitiría distinguir entre el reloj y los otros artefactos que han pretendido cumplir la misma función. Lo novedoso del reloj moderno -es decir, el reloj mecánico- en relación a sus antecesores, sería el

funcionamiento y la estructura; se trataría de un dispositivo capaz de funcionar en forma regular, con cierta autonomía, y capaz de dividir el día en partes iguales que son las horas, minutos y segundos. La diferencia con respecto al mecanismo de funcionamiento estaría en el automatismo de la máquina moderna: mientras la máquina antigua y medieval dependería de alguna fuente energética natural (que proporciona la fuerza motriz), la máquina moderna utilizaría un mecanismo generador de movimiento constante, como el péndulo por ejemplo, y un mecanismo transmisor del movimiento hacia las manecillas (mecanismo de escape).

El reloj moderno entonces respondería a las características generales de la moderna técnica maquinista; en el sentido que otros dispositivos se basan también en la *automatización* del movimiento.

Es importante puntualizar que, siendo el reloj parte de un proceso de desarrollo maquinista, no sería correcto suponer que este desarrollo forma parte de una lógica interna de la historia humana considerada en su totalidad, como si la técnica fuera el *telos* del quehacer humano; y por ende el reloj, siendo un hito importante, correspondería a una etapa más en el intento por cuantificar la realidad para volverla disponible o administrable. Esto sería propio de ciertas tesis neodarwinianas que intentan naturalizar el desarrollo económico y tecnológico como la verdadera y única teleología de la Historia, toda vez que los proyectos utópicos y metafísicos han fracasado.

De esto podemos extraer que el reloj no ha surgido simplemente como una necesidad del desarrollo económico y tecnológico; porque en primer lugar hay que tomar en cuenta un cambio de paradigma en el pensamiento que conduce a diseñar un instrumento capaz de medir el tiempo en forma regular; y en segundo lugar, se puede constatar la existencia de instrumentos antecesores que fueron diseñados en el contexto de una cosmovisión pre-moderna. En textos que abordan el tema específico de los relojes y su historia como “Revolución en el Tiempo” de David Landon, y “Heidegger y los relojes” de José González se establece que el artefacto antecesor del reloj mecánico moderno es denominado *‘horologium’*, y que ha sido diseñado con el fin de representar la *máquina del universo* con sus movimientos

armoniosos y regulares. Este uso es más bien estético, sino religioso y cosmológico. Son utilizados como parte de una ostentación de poder en las casas reales; sólo en segunda instancia se lo consideró útil para una sincronización en los procesos productivos de la época pre-industrial.

El uso y masificación del reloj como referente corresponde a una mutación gigantesca en la concepción del mundo en que el tiempo aparece como un bien del que es necesario disponer en forma eficaz. Entonces, el imperativo de administrar el tiempo, propio de la técnica moderna, es la condición de la posibilidad de la adopción del reloj como instrumento que permite usar un patrón de medida regular; aunque ha sido preciso perfeccionar instrumentos anteriores diseñados bajo otro contexto. En otras palabras, algo ha sucedido en el pensamiento y en la relación del hombre con su entorno (que éste supone) de tal índole que se volvió necesaria la utilización del reloj mecánico.

Por otro lado, cabe imaginar que de no ser por el pensamiento y la praxis moderna, al igual que sus antecesores, el reloj habría quedado como un artefacto curioso que representaba un status como objetopreciado y admirable por su perfección constructiva. Lo concreto, sin embargo, es que se ha constituido en un súper-instrumento de uso universal.

El uso del reloj viene aparejado de una experiencia del tiempo en que las unidades de medida establecen un sistema desapegado de cualquier referente natural, de índole ambiental o astronómica, de manera que las horas, minutos y segundos configuran un tiempo homogéneo y abstracto. Por el contrario, en la época pre-industrial el hombre atisba los ciclos naturales y se rige por ellos; esto determina formas de vida, costumbres, ritos y usos sociales. Heidegger llama la atención sobre el sencillo acto de accionar el interruptor de luz eléctrica, y la extrañeza que debiese provocarnos el poder de transformar la noche en día a voluntad².

² HEIDEGGER, Martin, *Pregunta por la cosa*

Podemos definir el reloj como una máquina moderna diseñada según el modelo de la mecánica en que cierta energía cinética es transmitida por una serie de dispositivos. Pero esto no describe sólo al artefacto; dice mucho de aquél fenómeno que se pretende medir y el modo en que lo interpretamos. Debe imperar cierta concepción mecanicista de la naturaleza para que podamos medir el tiempo con un instrumento mecánico. Así lo señala Joan González: “*el reloj implica una previa mecanización artificializante de la naturaleza*” (González, 19..., pág.181).

El mismo autor puntualiza que debemos diferenciar entre una *racionalización* y una *mecanización* del tiempo, haciendo notar que esto último sería propio de la modernidad, en la medida que el tiempo es considerado como una magnitud independiente de los ciclos naturales o “*sistemas dinámicos de referencia inmanente*”, como los tiempos dedicados a la siembra y la cosecha. Es así que la introducción del reloj mecánico, con respecto a otros instrumentos como el gnomon, significaría una independización de la medida del tiempo en relación al calendario y el ciclo astronómico de las estaciones³.

Si bien esta referencia al origen del reloj como instrumento para medir el tiempo nos aporta claridad sobre la eventual finalidad con que habría sido diseñado, sobre su evolución y significado, no nos permite acceder al tipo de pensamiento que ha generado la necesidad de su invención. Esta falla se da en dos dimensiones: 1º no se conoce el origen del concepto vulgar del tiempo que lo considera como una magnitud estable y medible y 2º Se desconoce el cambio que ha tenido que afectar al pensamiento para llegar a concebir el tiempo en términos productivos. De lo primero nos haremos cargo en la perspectiva que nos ofrece Heidegger en el capítulo VI de *Ser y Tiempo*; de lo segundo, nos haremos cargo en un posterior análisis de la segunda parte de la obra de Heidegger, a propósito de la temática de la técnica.

Por concepto vulgar del tiempo vamos a entender su interpretación cotidiana como dimensión en la que los acontecimientos se producen y ordenan

³ En el caso del gnomón, la duración de las horas dependerá de la estación por los ángulos de inclinación de la sombra.

cronológicamente, según el antes y el después. La procedencia aristotélica se advierte de inmediato si tomamos en cuenta la definición de tiempo como medida de movimiento según el antes y el después. Aquí también está indicada la vinculación con una sucesión ininterrumpida de horas: *“inmediata y regularmente nos referimos al **tiempo** como un espacio donde los acontecimientos tienen **lugar**”*, dice Heidegger. Esto guarda relación con la *“intratemporalidad”*; interpretación cotidiana que, según Heidegger, sitúa a los objetos como existiendo dentro de ciertos contenedores llamados ‘espacio’ y ‘tiempo’, de donde resulta que cada cosa tiene su lugar y momento en el mundo, para señalar también el presente bajo la forma del ‘aquí’ y el ‘ahora’.

Esto afecta también la concepción de la Historia que es considerada como devenir de los acontecimientos dentro del tiempo. Heidegger advierte que se trate de la Historia o de la Naturaleza, la interpretación del tiempo arranca desde un “contar con el tiempo” como algo medible; y ese contar precede al uso de un ‘útil’ y de un objeto en particular que es el reloj. Entonces la cuestión no es por qué el hombre comenzó a medir el tiempo, sino de qué modo consideró el tiempo para tener que medirlo.

Tendemos a pensar en lo útil como una mirada o un comportamiento natural respecto al uso de ciertos entes con fines específicamente humanos, o el diseño de artefactos y máquinas. Heidegger nos propone en cambio, que existe una relación primariamente pragmática con los entes, en la medida que nos constituimos como “ser- en- el- mundo”. No se trata por lo tanto de atribuir utilidad a los objetos en la medida de una necesidad; sino de descubrir los entes bajo la forma de lo “a la mano”, cuestión que ya no depende de la voluntad, sino del modo de ser del hombre, o el “Ser-ahí”.

De esto resulta que el reloj puede ser visto como un instrumento no primariamente por sus cualidades de precisión y regularidad para medir el tiempo, cuestión que podría parecer un absurdo; sino porque previamente el tiempo ha sido ya considerado ‘ante los ojos’ y ‘a la mano’ como ‘disponible’. A esto Heidegger denomina “contar con el tiempo”. Debido a que el ser ahí cuenta con el tiempo, se

dice que tiene poco o mucho tiempo, o se toma el tiempo o administra el tiempo. Entonces llegamos a un planteamiento fundamental de Heidegger, y es que “toda conducta del ser-ahí” debe explicarse por la temporalidad, entendida ésta como la condición de posibilidad del ser del ser-ahí. Por lo tanto, el conducirse pragmáticamente del hombre con los entes, no dice relación con una necesidad natural de apropiarse del entorno como especie biológica, sino con cierta manera de asumir el tiempo, cuyo origen está en su condición ontológica de temporalidad.

Heidegger reafirma este punto planteando que es ‘inherente’ a la temporalidad misma un tiempo mundano como escenario donde aparecen los entes bajo la forma de objetos y útiles. Este comportamiento no tiene que ver con una voluntad o una conciencia expresa: el hombre se encuentra delante del tiempo ‘inmediatamente’, en “lo a la mano” y “ante los ojos”. De manera que el tiempo es experimentado también y primariamente como algo “ante los ojos” y “a la mano”. Entonces, antes de cualquier desarrollo tecnológico o instrumental, es la propia forma de la existencia la que condiciona el conducirnos con respecto a lo ente en la manipulación y en la teorización objetivante.

El concepto vulgar del tiempo se fundaría entonces en una conversión de la temporalidad original en parámetro que permite situar los entes en una ininterrumpida secuencia de horas; donde la homogeneidad y la regularidad de los intervalos vienen a señalar, según Heidegger, una “nivelación”. Así se produce la abstractización del tiempo como una dimensión que está separada de los acontecimientos.

Habría que examinar porqué se da esta nivelación, al menos en el contexto de la analítica existencial. Podemos adelantar que, basándonos en una lectura de las obras posteriores a *Ser y Tiempo*, la atención estará puesta en el fenómeno de la técnica, que aparece como condición histórica del uso e instrumentos para medir el tiempo.

Hay que decir que, para Heidegger, la esencia del ser-ahí está en la cura, o en el cuidado respecto a los entes que le rodean en vistas a su propio carácter de “poder-

ser". Pero la "cura" tiene a su vez una esencia temporal en la medida en que está siempre a la expectativa, anticipándose, pero desde un pasado que forma parte de su ser. De modo que el ser-ahí es constitutivamente tiempo. La **cura** es la condición desde la cual se abren los éxtasis temporales. Pero sucede entonces que por una tendencia que podríamos considerar 'natural', el ser-ahí produce una autointerpretación como ente que lo sitúa en medio de objetos y útiles, para los que existe un referente previo que es el tiempo, que a su vez es considerado como útil y como objeto. De esa forma el ser-ahí, absorto en lo cotidiano, cuenta con el tiempo como algo disponible. Dice Heidegger:

*"perdiéndose en los muchos quehaceres en aquello de que se cura,
pierde en esto el no resuelto su tiempo. De donde el característico
hablar de no tener tiempo."*

HEIDEGGER, Martin, Ser y tiempo, pág 442

Aquí, el estado de 'resuelto' se presenta como la posibilidad de corresponder al "poder-ser" más propio, donde reside el fundamento de una temporalidad propia, y también de una historicidad. De esta suerte, sólo se puede hablar de tiempo medido, de perder, ganar o disponer del tiempo cuando ya se ha producido una modificación desde un tiempo original del ser-ahí a un tiempo vulgar. El uso del reloj será solo la instalación final de un proceso que tiene que ver con el ser del hombre más que con la historia de la tecnología.

Mientras en el texto de Joan González se afirma que la cronometría, que consiste en la conversión del tiempo en una magnitud mensurable, se habría originado fenomenológicamente en la relación del hombre con elementos como el Sol y la Luna; en *Ser y Tiempo* se propone que es la "cura" una condición esencial

para utilizar el Sol como referencia, siendo también la temporalidad la condición de posibilidad del descubrimiento, desarrollo y uso del reloj: *“el reloj natural motiva y hace posible la producción y uso de relojes aún más manejables”* (ibíd, pág 440)

II.

TIEMPO, ECONOMÍA Y TÉCNICA

El principal objetivo de esta investigación consiste en mostrar una relación entre el tiempo, interpretado en función de los intereses de la técnica, y la economía, que al verse también afectada por la técnica, aparece orientada por los mismos imperativos. De lo que se trata es de describir una interpretación económica del tiempo, propiciada por el pensamiento técnico. Esta perspectiva sólo es posible de visualizar desde la concepción heideggeriana de la técnica; pues en términos convencionales se entiende la técnica como una selección de medios caracterizada por la neutralidad, donde inversamente, la economía podría ser vista como el patrón dominante. Bajo la visión heideggeriana, la técnica es un tipo de pensamiento que nos predispone a una consideración de lo ente como recurso que debe administrarse de la manera más eficiente posible. Por tanto, los medios técnicos desarrollados a partir de la ciencia caen bajo esta consideración de lo ente como su *a priori*.

Para dar cumplimiento al objetivo trazado, aparece como indispensable esclarecer el concepto de economía a la luz de una teoría clásica de la modernidad, que nos servirá de referente. Hablamos de la teoría que Max Weber desarrolla en *Economía y Sociedad*, aunque su autor no pretende plantear una teoría sobre el funcionamiento económico, sino sólo establecer una definición que permita entender su vinculación con la *acción social*.

En primer lugar, llama la atención una distinción establecida por Weber entre economía y técnica. La economía es definida como una selección de fines, guiada por una escasez de los medios – se entiende aquí una relación de los fines con la satisfacción de necesidades-; la técnica, por su parte, está definida como la selección de los medios más eficaces para un fin cualquiera, lo que supone su neutralidad. Entonces debemos distinguir claramente lo técnico de lo económico: lo económico concierne a los fines, mientras lo técnico a los medios. Esto no quiere

decir que la economía determina los fines, sino que sólo escoge aquellos que son realizables de acuerdo a los medios disponibles, además, jerarquiza de acuerdo a la necesidad. La técnica, en cambio, en el concepto de Weber, se ocuparía exclusivamente de los medios más aptos, no en función de la escasez, o del costo, sino de la idoneidad de los recursos para cumplir un fin. La diferencia queda remarcada por la idea de que todo lo técnicamente factible no es económicamente viable; de ahí la enorme distancia entre las prodigiosas tecnologías de punta que podrían solucionar todo tipo de problemas en materia energética, de transporte, de salud, etc., y su casi nula viabilidad económica.

Weber incorpora a las definiciones el factor de la *racionalidad*: una gestión económica es racional cuando se produce conforme a un fin racional, es decir, un plan o *estrategia*. La *técnica racional* sería una elección de los medios según un plan. Se puede decir entonces que Weber entiende la *racionalidad* como una *teleología de la acción*, de donde resulta que la técnica y la economía están pensadas como dispositivos puestos en juego para la realización de fines humanos. En este punto, Weber no se aparta de una convicción positivista respecto a la función de la ciencia: debe servir de modelo, no sólo a toda teorización, sino también a la praxis. Lo óptimo sería que toda técnica y toda economía racional estén guiadas por el pensamiento científico.

No obstante la diferenciación anterior entre técnica y economía, desde el punto de vista racional existe una norma común que consiste en la optimización de los recursos de tal manera que se pueda lograr un máximo con un mínimo de esfuerzo –y, en el menor tiempo-. Este esquema aparentemente objetivo de la producción económica incluye, según Weber, una orientación subjetiva, toda vez que obedece a ciertas necesidades, desde las básicas hasta las suntuarias. Incluso se afirma que esta orientación subjetiva es la que permite explicar teleológicamente la acción económica. A su vez, esta orientación del proceso económico arranca desde un básico interés por la utilidad; entendiendo por tal las probabilidades concretas y singulares de aplicación actual o futura, estimadas como tales por uno o varios sujetos. La utilidad se convierte en objeto de procuración, en la medida que los

sujetos realizan una estimación de ésta como el medio más apto para realizar cualquier finalidad.

Queda en evidencia que la acción económica está estructuralmente vinculada con el tiempo; las necesidades contemplan plazos y límites temporales, como también la generación de utilidades se calcula en unidades de tiempo, así el ahorro puede ser visto no sólo como una cantidad de recursos financieros, sino también como almacenamiento de tiempo. En suma, la actividad económica está atravesada por determinaciones temporales. El concepto de tiempo implícito en tales determinaciones será objeto de las próximas elucidaciones; el hilo conductor de tales análisis será el influjo del ***pensamiento técnico***, tanto en la economía como en el concepto del tiempo.

J. F. Jünger reflexiona sobre la economía moderna en los siguientes términos: la economía moderna ha sido transformada por medio de una aplicación de las leyes de la mecánica, sobre todo en relación con los flujos del capital, de manera tal que ha quedado sustraída a la cuestión de las necesidades humanas. Adquiere así cierta autonomía y objetividad respecto a sus protagonistas. De inmediato surge una asociación con la técnica en la medida en que se la entiende como un conjunto de dispositivos en función de fines cualesquiera, donde sólo importa la idoneidad de los medios; entonces, la economía se transforma en un dispositivo que pretende proveer de medios materiales para la realización de ciertos fines, pero en el proceso mismo tales fines, como el progreso, el bienestar o la felicidad son suplantados por fines intermedios como el crecimiento, el desarrollo, la innovación. El resultado es que estos fines intermedios adquieren una lógica autosuficiente, que tiene el aspecto de una neutralidad propia de la técnica, al punto que en la actualidad se distingue al economista como un técnico, que elabora sus análisis con total independencia de aspectos sociales o políticos. Esto trae a colación la antigua polémica sobre el carácter científico o político de la economía, que luego abordaremos.

En esta investigación se trata de despejar ciertos aspectos filosóficamente oscuros de la economía, dada la complejidad de sus conexiones con la acción

humana, pero si del análisis surge una asociación con la técnica, es necesario tratar reflexivamente también el concepto de la *técnica*, que con tanta recurrencia se asocia a la neutralidad. El concepto heideggeriano de la técnica, que en capítulos posteriores podremos profundizar, alude a cierta condición del pensamiento humano en la Época Moderna. Esta condición sitúa a la técnica en el ámbito de una relación esencial entre el hombre y el Ser, que se manifiesta histórica y epocalmente. Una aproximación reflexiva al mundo de la técnica indica que ésta no posee una esencia que es a su vez técnica, entendiendo por tal 'lo instrumental'. La técnica, asumida como forma de pensamiento, es a su vez un modo en que el "Ser" se presenta históricamente, de tal manera que los entes aparecen como materiales o recursos disponibles para la producción y el cálculo. No es el hombre quien deliberadamente se propone realizar esta lógica; el hombre está inserto en circunstancias tales que los entes aparecen dados según características que la técnica les atribuye. Dicho en otros términos, es el propio Ser el que se da bajo la forma de la *técnica*. A su vez, este proceso tiene que ver con la forma que adopta el pensamiento donde lo ente aparece como objeto mensurable y valuable. La especial relación entre el Hombre y el Ser, que, según Heidegger, es de mutua pertenencia, nos conduce a pensar que la técnica es una "apertura epocal" en que se produce una mutua "provocación", de manera tal que mientras el hombre determina el Ser como ente disponible al cálculo, e incluso a sí mismo – en la jerga tecnocrática actual, como "capital humano"- el Ser se comporta como "imposición" y necesidad de cálculo.

En lo que nos compete, una de las principales consecuencias del predominio del pensamiento técnico es que un fenómeno intangible como el tiempo, cae también bajo las determinaciones de lo disponible. Es así como se suele escuchar decir que 'nos falta tiempo', o que 'perdemos el tiempo', o que ya 'no hay tiempo'. Lo que pareciera interesar de un modo eminente al pensamiento técnico es alzarse con el control del tiempo y, a través de éste, de la totalidad de las dimensiones de lo humano. Es en éste sentido que se ha afirmado que el reloj es el instrumento de los instrumentos, porque por su medio se homogeniza y pone en simultaneidad hombres, sucesos y cosas. Esta situación es fundamental para comprender cómo hemos llegado a una interpretación económica del tiempo, en que todos los factores

relativos a su uso entran en consideraciones de rendimiento, *de manera que al igual que cosas y humanos, el tiempo también es un recurso.*

De todas las manifestaciones del pensamiento técnico, una de las que se presenta como decisiva en el tratamiento del tiempo es la economía, en el sentido que el tiempo es transformado en un factor de rendimiento, y se constituye en un valor estructurante. Esto incluso podría ser visto como el respaldo que el dinero encontró en el oro antes de la Conferencia Bretton Woods⁴, en particular con lo que se refiere al valor que se asigna a una actividad por los flujos positivos que es capaz de generar por unidad de tiempo. Encontramos generalizaciones de este dato en particular, por ejemplo, en el caso de Lyotard, quien llega a señalar que *“la metafísica del capital”* se comporta como *“una tecnología del tiempo”*. Entonces, bajo el imperativo de la mónada tecnológica existe una presión constante para concentrar la actividad productiva en el tiempo; así como la mónada leibniziana comprime la información para ganar en complejidad y potencia.

El capital puede entenderse como el producto del proceso acumulativo de producción en el tiempo, deducidos los costos. Esta es la razón por la cual para Lyotard la *“metafísica”* de este capital puede estar asociada al tiempo. Se debe considerar que existen diversas interpretaciones filosóficas del *capital*: las tesis marxianas acentúan el carácter social del capital como el producto de un trabajo colectivo; mientras las tesis liberales lo hacen en el aspecto individual. Esta diferencia no se funda en el concepto mismo de capital, sino en su modo de distribución. / Lo que nos interesa aquí es la importancia del tiempo en la formación del capital. En la definición del problema económico que hemos mencionado, el capital es el recurso escaso por excelencia, que debe ser asignado a necesidades múltiples y priorizables: por lo tanto, para comprender la función del tiempo en la economía, es de vital importancia su relación con el capital.

La expresión más corriente del capital es el dinero, entendido como un sistema de asignación de valor. Sin embargo, el capital puede estar referido a tecnologías,

bienes, medios de producción, recursos naturales e incluso a las habilidades, destrezas y conocimientos, que pasan a constituirse en un “capital humano”; todo esto puede a su vez ser reducido a un valor monetario; es así que en la valorización de una empresa los balances muestran, en términos monetarios, el valor asignado a cada bien del capital, lo que de manera implícita contempla el *capital humano*.

El texto clásico que permite dilucidar la relación estricta entre tiempo y capital es “*Filosofía del Dinero*” de Georg Simmel. El planteamiento esencial es que en el dinero opera una lógica de intercambio abstracto que permite poner en circulación un sinnúmero de objetos disímiles, que por virtud de un valor asignado resultan comparables artificialmente; el resultado es un universo de bienes flotante, cuya única constante es la *cuantificación omnímoda*. En el extremo el tiempo aparece como un factor límite que provee de un marco de factibilidad a la realización de cualquier proyecto o transacción, de ese modo, el tiempo pasa a ser lo más valioso y escaso. Es así que llegamos a la lógica del crédito, que consiste en una anticipación del consumo y que implica un valor-tiempo del dinero. A través del crédito se puede reducir la incertidumbre respecto a los accidentes e imprevistos; para eso se han diseñado los seguros; incluso esta lógica que pretende disponer del futuro abarca los más variados campos, desde las compras o ventas a futuro, hasta las compras vía crédito de la última morada.

III.

TIEMPO, VALOR Y ECONOMÍA

La lógica del dinero, propia de la economía, supone cierta concepción del valor que opera como base de las motivaciones subjetivas que asignan valor a los bienes. Esto merece una reflexión sobre el concepto del valor, que curiosamente aparece como idea rectora en el campo de la ética y en el campo económico, aunque sus significaciones parecieran estar opuestas. Mientras en la ética el valor expresa un bien de carácter terminal, es decir, que no es un medio para algo distinto; en la economía el valor representa la idea de un grado de satisfacción que un bien puede proporcionar, cuestión que puede tener un carácter extrínseco e instrumental, a pesar que ciertas formulaciones como la de Marx -en “El Capital”, cap. III- apelan a una fundamentación objetiva del valor económico en el tiempo que se consume durante el trabajo; lo que permite a una concepción intrínseca del trabajo, y en dirección de un valor de uso:

“No es el dinero lo que hace inconmensurables a las mercancías: todo lo contrario. Por ser las mercancías, consideradas como valores, trabajo materializado y, por consiguiente, conmensurables entre sí, es por lo que pueden medir todas ellas sus valores en una mercancía especial y transformar esta última en dinero, es decir, convertirla en su medida común. Pero la medida de sus valores en dinero es la forma que, necesariamente, debe revertir su medida inmanente: la duración del trabajo.”

MARX, Karl. *El capital*, vol. 1, cap III, pág 98

Frente a esta posición clásica que sitúa el valor monetario en el ámbito de la producción y sus condiciones concretas; Baudrillard formula una tesis según la que el valor tiene como fundamento más bien la asignación social de significados a la mercancía; por consiguiente el valor de un bien no se establecería en función de una necesidad natural, sino en base al **deseo** que es capaz de generar:

“Lejos de ser el status primario del objeto un status pragmático que vendría a sobredeterminar más tarde un valor social del signo, es por el contrario el valor de cambio signo de lo que es fundamental, no siendo el valor de uso con frecuencia otra cosa que la caución práctica (incluso hay una racionalización pura y simple) ... Bajo su evidencia concreta, las necesidades y las funciones no describen en el fondo sino un nivel abstracto, un discurso manifiesto de los objetos, frente al cual el discurso social, ampliamente inconsciente, aparece como fundamental. Una verdadera teoría de los objetos y del consumo se fundarán no sobre una teoría de las necesidades y de su satisfacción, sino sobre una teoría de la prestación social y de la significación.”

BAUDRILLARD, Jean. *Crítica de la economía política del signo*, pág 1

Con respecto a las concepciones de valor en la ética, es necesario puntualizar que la definición del valor como bien terminal, de cuño aristotélico, no es la única. Podemos distinguir concepciones subjetivistas y objetivistas del valor. Las subjetivistas destacan el origen emocional y particular de los juicios de valor, por oposición a los juicios descriptivos que, hipotéticamente, dependerían de las propiedades de los objetos. Los objetivistas, desde Platón a Scheler, determinan que el valor tiene una existencia propia, independiente del sujeto, pero también del objeto sobre el cual se proyectan; son ideas que sirven de modelo y que no se

destruyen cuando no se materializan; por ejemplo, la justicia existe como ideal, aunque todos los hombres sean injustos.

La pregunta filosófica que se desprende de estas consideraciones sobre la noción de valor en la ética y en la economía es ¿Por qué habríamos de utilizar un mismo concepto para designar significados tan opuestos? ¿No es el valor económico, en su aspecto instrumental, la antítesis del valor ético en su carácter incondicional de fin en sí mismo, de modelo o ideal?

La hipótesis que podemos plantear al respecto tiene que ver con las reflexiones de Nietzsche y Heidegger sobre la preponderancia de la cuestión del valor en la modernidad, y particularmente en la crisis señalada por el nihilismo que, en lo esencial, se muestra como una crisis de valores. Antes que ético o económico, el valor es para Nietzsche *“un punto de vista relativo a las condiciones de conservación y aumento de la voluntad de poder”*. Esto implica una crítica previa de la validez de los valores supremos que desde Platón se entienden como propios del mundo suprasensible. Nos referimos a la tríada del Bien, la Verdad y la Belleza. Nietzsche considera que los valores supremos forman parte de una historia en que ciertas interpretaciones particulares del valor de la existencia en general, de tipo metafísico y religioso, han impuesto la medida de su propio crecimiento como norma general: es la moral del resentimiento hacia la vida. Esto implica que no hay valores universales y trascendentes, sino posiciones de valor interesadas en dominar el escenario de lo que se considera bueno, verdadero y bello. Por lo tanto, el nihilismo no es una desacralización de la vida como tal, sino la caída en descrédito de cierto sistema de valoración. El desafío del hombre futuro consistirá entonces en revalorizar la existencia desde nuevos puntos de vista.

Con respecto a la interpretación que Heidegger da de estos planteamientos, hay que partir tomando en cuenta la importancia que se asigna a Nietzsche como pensador de la modernidad llevada a su culminación. Si bien encontramos en Nietzsche una crítica a la modernidad en términos de una época entregada a la lógica del comportamiento de masas; con su afirmación de la voluntad de poder como principio de una nueva posición de valores estaría, a juicio de Heidegger,

completando el desarrollo de la autoafirmación del sujeto inaugurada por Descartes. Pero esta autoafirmación sólo es posible desde una posición en que todo se sitúa en la perspectiva de los valores, donde el fundamento ontológico de lo real pasa a ser algo que vale con respecto al sujeto. La radicalidad de este proceso queda expresada en uno de los aforismos póstumos de Nietzsche: *“no es el ser el que vale, sino que ser es ya un valor”*⁵. Esto se refleja en la preponderancia que tienen los conceptos en la economía actual, donde una idea que crea distinción, se transforma en un valor al ser deseada y codiciada: aquí el objeto o mercancía es intrascendente, adquiere significación en la medida que expresa la idea. A esta lógica obedece el imperativo de “crear valor” en la economía.

Según Heidegger, hay que poner atención a la relación entre sujeto-voluntad de poder-valor. La gran dificultad que hay para definir el valor reside en que la teoría contemporánea ha planteado una forma extraña de existencia: se dice que los valores no son sino que “valen”; lo que no puede interpretarse sino como que los valores tienen una manera especial de ser que es distinta a los entes, sólo que es difícil determinar en qué consiste.

Para analizar la relación mencionada hay que partir de la definición que el propio Nietzsche nos ofrece del valor, y que es citada por Heidegger en *“La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’*:

“El punto de vista del ‘valor’ es el punto de vista de las condiciones de conservación y aumento por lo que se refiere a formaciones complejas de duración relativa de la vida dentro del devenir.”

Esto es interpretado planteando que la esencia del valor consiste en ser punto de vista”, es decir, el valor sería una perspectiva desde donde lo ente aparece según determinada medida. Pero esta medida no está dada por las cosas mismas, sino

⁵ NIETZSCHE, Friedrich, Voluntad de Poder

por un “poner representador”, lo que nos sitúa en el ámbito del sujeto: el representador por antonomasia. El concepto moderno del valor, en cuanto perspectiva del sujeto, queda establecido según Heidegger con la reflexión de Leibniz sobre la mónada dotada de apetito y percepción (representación). Desde esta concepción, todo ente dotado de percepción es considerado como unidad capaz de formar representaciones, donde lo representado en cierto modo es conminado a aparecer. Dice Heidegger:

“ver es ese representar que, desde Leibniz, es entendido expresamente bajo el rasgo fundamental de la aspiración (appetitus). Todo ente representador, en la medida en que al ser de lo ente le pertenece el nisus, el impulso de aparecer en escena que ordena a algo que aparezca (manifestación) y de ese modo determina la aparición. La esencia caracterizada como nisus de todo ente se entiende de esta manera y pone para sí misma un punto de vista que indica la perspectiva que hay que seguir. El punto de vista es el valor.”

HEIDEGGER, Martin; *Sendas Perdidas*, pág 45

En suma, el valor adquiere preponderancia con la intervención del sujeto como principio fundante, de manera que el punto de vista no sólo fija la condición para la aparición de los entes, sino que, más radicalmente, determina el presentarse de los entes mismos de manera que llegamos a decir que todo es valor con respecto al sujeto. Que los valores aparezcan bajo la forma ética o económica es una cuestión derivada. En términos histórico-filosóficos, Heidegger afirma que la metafísica del sujeto representador culmina en la *Voluntad de Poder* en la medida en que ésta puede ser considerada como el “fundamento” para la necesidad de instauración de valores y “*el origen de la posibilidad de una valoración*” (“La frase

de Nietzsche “ Dios ha muerto”” .pág 209 *Sendas Perdidas*.)⁶ La voluntad de poder fija perspectivas desde sí misma, y exige una conservación en base al crecimiento; este incremento no se conforma con alcanzar una estabilidad asegurando lo ya conseguido: es necesario estar en movimiento, en expansión permanente y el valor es el punto de vista que sirve a este devenir de la fuerza. El sistema económico vigente, con su énfasis en el desarrollo y el crecimiento constante constituye una expresión privilegiada de esta lógica. En la economía actual la estabilidad no se puede concebir sino como un crecimiento que a lo menos pueda resolver un aumento vegetativo de la población.

Para Heidegger este proceso no puede adjudicarse simplemente al ejercicio de una irracionalidad que desborda los límites de la lógica, más bien habría un problema con la concepción misma de la Razón que obliga a una consideración de cálculo, donde se persigue un aumento sin término en la expansión de las fuerzas. La “ratio” moderna tendría relación con hacer entrar a lo ente en cierta medida adecuada a los requerimientos del sujeto. Esto podría contribuir a explicar el porqué resulta difícil evadir la dinámica del crecimiento y el desarrollo apelando a cierto orden racional, en términos teleológicos o de una racionalidad de fines. El problema consiste entonces no en que existe una irracionalidad intrínseca de lo ente, sino en que la propia razón introduce un desajuste y una desmesura en la relación entre el sujeto y lo ente, que bien podría asociarse a una irracionalidad.

⁶ La frase de Nietzsche “Dios ha muerto”, consignada en “*Sendas perdidas*”, pág. 209

IV.

VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO EN LA PERSPECTIVA DE UNA ECONOMÍA LIBIDINAL

Sin perder de vista este diagnóstico, cabe tomar en cuenta cierta mirada del pensamiento que establece vinculaciones entre el origen del tipo de intercambio propio de la economía en la Época Moderna, y la cuestión de la *energía libidinal*, que desde luego desborda el dominio del Sujeto. Este planteamiento dice relación con la *génesis* de la preponderancia del *valor de cambio*, situación que provoca una progresiva desconexión entre la producción y el contexto de las necesidades humanas. El carácter irracional de las formas de producción tardocapitalista estaría expresando la irrupción de un factor *libidinal primitivo*, no considerado en análisis convencionales. Diversos autores del pensamiento sociológico, a partir de los 60', han explorado esta vía que pone en conexión aspectos aparentemente disociados de la conducta humana colectiva: las pulsiones en el ámbito económico y libidinal. De esta vinculación esperamos obtener un esclarecimiento sobre el fundamento de la autonomía que el sistema económico parece adquirir, con respecto a la voluntad humana. En esta línea podemos situar a Marcuse, Lyotard y Baudrillard, cuyas aportaciones tendremos oportunidad de examinar.

De momento nos parece pertinente incluir una propuesta que pretende fundar su validez en ciertos datos empíricos obtenidos por la investigación antropológica. Por supuesto no es dable hacer aquí una crítica epistemológica, o un cuestionamiento fenomenológico, toda vez que nuestro interés consiste en rescatar un punto de vista sobre las características del valor de cambio que permite explicar su extraña independencia del orden de las consideraciones humanas racionales. Esta cuestión reviste importancia si tomamos en cuenta que existe una fuerte tendencia a tratar los asuntos de la economía desde una pretendida ciencia pura, como si la economía fuera inmune a las mutaciones que sufre el pensamiento y la praxis.

A este respecto, las tesis sostenidas por Horst Kurnitzky en “*La estructura libidinal del dinero*” son sugerentes en cuanto a que el proceso que conduce a una ruptura entre valor de uso y valor de cambio revista un carácter pulsional.

El planteamiento de Kurnitzky arranca desde algunas teorizaciones de Marx sobre la diferencia entre valor de uso y valor de cambio. Pero la fuente, según el autor, está en la economía clásica de Smith, donde se definen estos conceptos:

“debemos advertir que la palabra valor tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto particular, y otras, la capacidad de comprar otros bienes... al primero lo podemos llamar ‘valor de uso’, y al segundo, ‘valor de cambio’. Las cosas que tienen un gran valor de uso tienen, comúnmente, escaso o ningún valor de cambio, y por el contrario, las que tienen un mayor en cambio no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso, o ninguno. No hay nada más útil que el agua, pero con ella apenas se puede comprar cosa alguna ni recibir nada o cambio. Por el contrario, el diamante apenas tiene valor en uso, pero generalmente se puede obtener a cambio de él una gran cantidad de otros bienes”

KURZINSKY citando a SMITH en “La riqueza de las naciones”

Entonces tenemos que los bienes aparecen bajo una doble faz: su utilización y su intercambiabilidad. Recordemos que Marx ha reclamado la existencia de un vínculo real entre el valor de cambio y el valor de uso, en la medida que la mercancía es interpretada en tanto trabajo materializado; la cantidad de trabajo

invertido en la producción de un bien que constituye el fundamento de cualquier asignación de valor; cuestión que se refleja en la importancia que ha tomado la economía nominal en relación a la economía real. Por ejemplo, la *crisis sub-prime* obedece fundamentalmente a la separación vertiginosa entre valor “real” de las propiedades en EEUU respecto a su valor nominal.

Efectivamente, la crisis económica que estalló en agosto del 2007 se entiende muy fácilmente, ya que se origina en la construcción de una pirámide global, invertida, de deuda bancaria y de la economía doméstica, sobre una estrecha gama de activos subyacentes: los precios de las casas americanas.

Entre 1997 y el 2006, las casas americanas aumentaron un 124%, mientras que el índice S&P 500 caía un 8%: el 50% del crecimiento de la economía americana en el 2005 estaba relacionado con la construcción. En Gran Bretaña, los precios de las casas aumentaron un 97% en ese mismo período, mientras que el FTSE caía un 10%. Entre el 94' y el 2005 la propiedad inmobiliaria de EEUU aumentó del 64% al 69%; el precio medio de una casa mucho tiempo estuvo bordeando en torno al triple del salario medio, en el 2006 equivalía 4.6 veces el salario medio. Sumemos a esto que gran parte de los préstamos bancarios se habían concedido a los prestatarios en hipotecas *subprime* (de escasas posibilidades de reembolso).

Todo este proceso, alentado por el gobierno de Clinton a raíz de la necesidad de mantener el ritmo de crecimiento de la economía, llevó a los agentes financieros a extremar los riesgos crediticios y, tras agotar la demanda de hipotecas entre la clase media, empezaron a absorber solicitantes de crédito sin ingresos, sin trabajo y sin activos, atraídos por los tipos de interés de incentivo: tipos de interés introductorios muy bajos, casi cero variable (*adjustable-mortgage rate, ARM*) que se incrementarían bruscamente una vez transcurridos uno o dos años. En el 2006, una quinta parte de las nuevas hipotecas –unos 600 millones de dólares– eran subprime. La facilidad de refinanciamiento amplificó el endeudamiento de los consumidores y, al decir de Martin Wolff en *The Financial Times* el 9 de septiembre del 2008, las autoridades monetarias de EEUU y Gran Bretaña habían transformado a sus habitantes en “*especuladores apalancados en un activo fijo*”

Esta situación tuvo su epílogo cuando, a raíz de las medidas antiinflacionarias de la reserva federal, que elevó los fijos de interés del 1 al 5.25% entre el 2004 y el 2006, los precios de las viviendas comenzaron a caer, los créditos comenzaron a quedar sin cobertura suficiente, se dejaron de pagar y los bancos tuvieron su primera situación de iliquidez que luego, al continuar la tendencia, se transformaron en problemas de solvencia.

Los bancos más débiles, aquellos que dependían en mayor medida de los fondos del mercado... a corto plazo para financiar sus préstamos, fueron los primeros en quedar al descubierto. En agosto del 2007 el BNP paribas, el mayor banco de Francia se vio obligado a suspender la amortización de tres de sus fondos de inversión, culpando a la *“completa evaporación de la liquidez en determinados segmentos del mercado de titularización en EEUU.”* (*“El regreso de Keynes”*. Robert Skidelsky. pag.26)

Es el caso que, según el autor, Smith no escudriña la procedencia de la disociación entre valor de usos y de cambio, esto se debe a que supone una continuidad del modo de producción capitalista cuyo fundamento sería el egoísmo del individuo como rasgo permanente y explicativo de la naturaleza humana.

Para entrar en una hipótesis sobre el posible origen de la independencia del valor de cambio, que otorga un particular carácter instrumentalista al pensamiento y a la praxis económica, es necesario primero establecer las condiciones bajo las cuales surge la expresión neta del valor de cambio que es el dinero, razón que vuelve a referirse al análisis de Marx. El surgimiento del dinero tendría que decirnos mucho acerca de la autonomía del valor de cambio.

El autor hace referencia a la concepción marxiana del dinero, la que a su vez remite a una reflexión aristotélica: por una cuestión de utilidad, el hombre habría convenido en usar una “materia” como medio de cambio, que facilita las transacciones. Cabe imaginar las dificultades prácticas que entraña una economía de trueque.

Para Marx la realidad económica primordial es la *mercancía*, que admite una doble valorización, de uso y de cambio, de donde se adjudica un valor convencional que es el dinero. Por lo tanto, el dinero “*es una medida de valor, del valor de cambio*” que, a juicio de Marx, se fundamenta en el tiempo de trabajo necesario para su producción. Hay que tomar en cuenta que el dinero ha existido en la actividad comercial de pueblos y civilizaciones antiguas, pero es en la moderna sociedad mercantil donde adquiere mayor preponderancia, lo que se debe a una mayor división del trabajo que, consecuentemente, determina una mayor necesidad de intercambio. El proceso se da a partir de una progresiva disolución de los lazos comunitarios donde el trabajo es concebido como un bien social, surge entonces un “individuo aislado” que se ve compelido a transformar los valores de uso que produce en “mercancía”, las que en orden de su intercambio esperan su valor de cambio en el dinero.

Es de este modo que el dinero pasa a constituirse en *super-mercancía* que representa potencialmente el valor de cualquier bien, situándose en el lugar de un medio universal. Dice el autor:

“el valor de cambio de las mercancías se incorpora en el dinero y logra una existencia independiente, fuera del objeto. Es sólo en el dinero donde se hace visible lo que Marx califica de ‘fetichismo de la mercancía’, porque el dinero, representante de todas las mercancías, invierte esa relación por ser todas las mercancías representantes del dinero”

KURNITZKY

El *fetichismo* consistiría en atribuir valor a un bien, fuera de su valor de uso, y en atención únicamente a su valor de cambio, o *valor representacional*, pero de tal especie que finalmente se transforma en un fin en sí mismo. Por su parte el dinero, en tanto *fetiche absoluto*, llega a constituirse en un dios. Una de las principales

consecuencias del *fetichismo de la mercancía* es el dominio de las cosas enajenadas sobre las personas; el valor que las cosas adquieren está en el orden de lo que representan, más que de su utilidad. Así, tenemos el efecto psicológico que ejerce un bien con determinada marca en quien lo posee y en quienes lo observan; hasta aquí, una dialéctica de admiración, orgullo y envidia. Esta dinámica está determinada, según Kurnitzky, por la forma del intercambio en la “*sociedad productora de mercancías*”, donde el valor se hace independiente de la función del producto. Debe considerarse el caso paradigmático del *lujo*. Se trata de artículos que son codiciados por su efecto de representación ya sea del status, la jerarquía o el prestigio. Con respecto a este punto se cita nuevamente a Marx: “*En el dinero, el valor de las cosas está separado de su substancia*” () Precisamente esta separación permite valorizar los bienes en términos de intercambiabilidad (cambio). Esto se ve reflejado posteriormente en la importancia que adquiere la *economía nominal*, en particular el mercado financiero de acciones, bonos, deudas y derivados donde existe un vínculo efectivo con un supuesto “valor de uso”.

Si el *valor de cambio* guardara alguna relación proporcional con una demanda por la escasez y la necesidad natural, habría cierta racionalidad en la economía, donde el problema de una distribución estaría al menos localizado. Sin embargo, el valor de cambio de un bien no depende, en muchos casos, de esta vinculación concreta: el *orden representacional* llega a ser lo decisivo.

Este orden está en gran medida sustentado por factores relativos al sujeto, pero no en tanto “elector racional”, sino en tanto *sujeto deseante*. Es el deseo lo que engendra una necesidad extranatural de poseer y consumir bienes cuyo valor está en el ámbito de lo simbólico. No podemos, empero, perder de vista el análisis baudrillardiano según el cual la economía actual, en tanto expresión libidinal, estaría orientada más bien por un proceso de seducción provocado desde el objeto. Esto implica asumir un punto de vista diverso respecto a las propuestas psicoanalíticas que cifran en el sujeto todas las transformaciones de la energía pulsional. Antes de explorar esta perspectiva, centraremos nuestra atención en algunas hipótesis sobre el posible origen de la vinculación entre ciertos procesos inconscientes colectivos y la dinámica del intercambio económico.

La cuestión de una economía libidinal, que la mismo tiempo puede verse como una libido económica, parece a primera vista un tópico de la literatura sociológica de los 60', más bien asociado a una analogía o metáfora, sin embargo, a la luz de los planteamientos de Kurmitzky, parece que existe un vínculo antropológicamente contrastable entre libido y economía en las sociedades así llamadas 'primitivas'. Aún más; las transformaciones que sufren las sociedades tribales en términos de civilización, parecen adoptar el curso de una conversión de pulsiones sublimadas en procesos de intercambio económico, donde el *valor de cambio* emerge como un símbolo de sacrificio, cuya expresión neta es el dinero.

De hecho, las monedas más antiguas de que se tiene conocimiento habrían sido acuñadas en los templos con el fin de representar a las víctimas de sacrificio que, en reemplazo de los propios humanos, comenzaron a ser los animales de crianza. El propio ganado es utilizado como medio de cambio, más que como alimento. No es extraña entonces, según el autor, la filiación lingüística entre dinero y ganado:

“los romanos llamaban a su dinero ‘pecunia’ (de pecus, ganado), aunque desde tiempo atrás tenían dinero amonedado, lo que recuerda nuevamente el origen de las monedas romanas en relación con los sacrificios o las ofrendas. Esta ‘moneda ganado’ era ‘internacional’, y no sólo e Europa o Asia, sino también en los pueblos pastores del África se calculaban las transacciones de intercambio o trueque en ganado, y así también se determinaba el valor de la novia al comprarla”

Kurnitzky

Con mucha anterioridad Simmel barrunta una relación entre la economía, y específicamente el dinero, con un ámbito religioso, advierte un extraño carácter

sacrificial en éste, cuando atendemos a la continua negación de un significado propio como objeto en sí mismo, para ser entregado por otra cosa. El carácter puramente instrumental del dinero, donde se entiende su escaso valor intrínseco, contrasta con el interés y valor que se le adjudica, que llega a constituirse en un fetichismo⁷.

A Diferencia de Simmel, que permanece en una descripción del fenómeno, Kurnitzky Intenta explicarlo a través de aproximaciones antropológicas que se internan especulativamente, aunque con algunas referencias empíricas, en transformaciones remotas de la sociedad, lo que finalmente nos remite a Freud y sus tesis sobre el tabú de incesto y el proceso civilizatorio basado en la represión.

No es posible ahondar en la dinámica de la represión freudiana, que nos conduce a una consideración del tabú del incesto como base del proceso civilizatorio: es un esquema causal que nos desvía del sentido fenomenológico que se ha querido imprimir a la cuestión del tratamiento económico de la temporalidad. Pero es igualmente necesario hacer conciencia sobre el carácter libidinal del proceso económico en atención al desajuste entre valor de uso y de cambio, cuya raíz se intuye como irracional; fenómeno que aparece como predominante en cuestiones como el desarrollo y el crecimiento. La presencia de una energía libidinal, liberada bajo la forma del consumo, nos estaría indicando hasta qué punto el valor, como medida del sujeto, está entregada a un flujo irracional. Ya hemos insistido en que lo irracional podría estar contenido en la esencia misma de la razón, en la medida que intenta erigirse en la medida absoluta de lo ente.

La argumentación de Kurnitzky arranca desde una observación crítica de las tesis marxianas sobre el valor; afirma el autor:

“Marx inventa un mito... porque con las abstracciones del trueque construye los orígenes y traslada los elementos constituyentes del proceso social de desarrollo a épocas

⁷ SIMMEL

posteriores de la evolución histórica... la génesis del valor de uso más bien debería derivarse del valor de cambio - o sea, de aquello que el valor de cambio encarna en la organización social- que a la inversa. Porque el valor de cambio, como el dinero, nace del culto, y por ello ambos están sustancialmente ligados a la formación de la sociedad y la colectividad. Podrían calificarse de “economía política” de aquella época las partes de las religiones antiguas ligadas al culto y a la ideología de la reproducción. Marx universalizó su crítica de la religión y de la superestructura ideológica que arranca de la base aplicándola a todas las épocas históricas, y al hacerlo olvidó que en las religiones de la Antigüedad lo decisivo no era la fe, sino el culto que garantizaba la reproducción de la comunidad, que se mantenía unida por medio de rituales de sacrificio.”

KURNITZKY, *La estructura libidinal del Dinero*; pág 29

El esquema explicativo propuesto por Marx en orden a que el valor de cambio surge del valor de uso conforme a una necesidad natural, no permite comprender el fenómeno del “fetichismo de la mercancía” sino en términos de una estructura que, dado su crecimiento, sobrepasa a la base material que le dio origen. La cuestión de saber qué produce la “avaricia” y la “codicia” como afectos ligados al consumo de bienes en función de su valor de cambio, permanecen en una obscuridad psicológica: no se explora una motivación colectiva o individual del insaciable afán de lucro.

Hay que considerar, no obstante, las circunstancias históricas que rodean al marxismo clásico, que influyen en las elaboraciones teóricas. Se trata de un capitalismo industrial orientado hacia la producción y el comercio en gran escala; donde la proporción de bienes de consumo primario todavía representa la mayor parte del proceso productivo y por ende, la situación misma sugiere el concentrar la atención en el *valor de uso*. No se podía imaginar el grado de sofisticación de los bienes, el consumo, la producción y la tecnología que alcanzaría el actual proceso económico. Una economía orientada fuertemente al consumo pone en evidencia la supremacía del valor de cambio, por sobre cualquier equivalencia natural.

El aspecto libidinal de la economía y el dinero es una hipótesis que intenta explicar la génesis del desorbitado comportamiento que puede alcanzar el valor de cambio, en el sentido que los bienes, en la sociedad actual, no representan necesariamente una cantidad de tiempo y trabajo invertido, sino que alcanzan un valor representacional; es decir, un valor que está en el orden de las relaciones, y no en el de las cosas; tal y como el autor descubre que se da en el intercambio de bienes en las sociedades primitivas: *“el objeto de valor no representa cosas, sino relaciones”*.

La tesis radical de Kurnitzky sobre el origen del intercambio económico y su medio principal que es el dinero sostiene que existe una energía pulsional que se desarrolla en el comercio cuya fuente habría que sondear en el comportamiento religioso del hombre primitivo. Dicho en términos algo más decididos: la forma que adopta la economía en la sociedad actual con respecto al valor de cambio podría ser interpretada como una secularización de las primitivas religiones paganas orientadas al rito y al sacrificio.

La lógica imperante parece ser la siguiente: la sociedad primitiva enfrenta el desafío de los elementos de una naturaleza que es generosa, pero también muy hostil. La estrategia está en la cohesión social, que provee de una reserva de técnicas y saberes que se heredan y aseguran la sobrevivencia. Pero así como existe la amenaza externa, hay una amenaza interna que puede ser tanto más destructiva: se trata de las pulsiones, que con sus pretensiones immoderadas,

provocan una insociabilidad. De ahí que, junto con Freud, se identifica como prohibición primordial el tabú del incesto con la consecuente exigencia de exogamia- surge entonces un acto de represión primario que se traduce en el complejo de Edipo; hay en esto un acto primigenio de sacrificio que se trasunta en la institución matrimonial y sus ritos: por ejemplo, la dote matrimonial no debe considerarse una compensación económica hacia los padres de la novia, en atención únicamente a los costos, más bien representa un sacrificio que consiste en renunciar a las pulsiones incestuosas.

Para dar coherencia a este relato se debe consignar la operación de una “escena originaria”, que no se refiere a un origen empírico puntual situado en el tiempo prehistórico, sino a un proceso continuo de represiones y sublimaciones que caracteriza a la civilización. Se trata de la “horda salvaje” descrita en “Tótem y Tabú”, donde la narración edípica se ve reflejada en la conjura de los hijos contra el patriarca tiránico (Zeus contra Cronos), que culmina en la devoración de su cadáver, al tiempo que la prohibición de acceder a la madre. El consumo de las víctimas de los sacrificios subsecuentes representa la organización y la cohesión del grupo; una reafirmación de los lazos comunitarios. La peor sanción en la cultura tribal es privar a alguien de participar de las cenas ceremoniales: es una exclusión de la comunidad. Una vez superado el canibalismo, surge la víctima humana sin acto de devoración, donde el corazón es ofrecido a los dioses sedientos de sangre. La historia registra una serie de sustituciones, donde lo que sigue es el sacrificio animal y en que la víctima asegura un comportamiento benigno de la naturaleza, a la vez que exhibe la jerarquía social del donante.

Según Kurnitzky, todo ritual sacrificial tiene una raíz caníbal, las víctimas son reemplazos de los seres humanos; esto se debe a que el dios tribal es considerado un ancestro del grupo y todo acto de devoración de un humano o animal representa un acto de comunión con el dios originario (el vino y el pan sin levadura en la misa). Dice el autor:

“este sacrificio, que en el ritual de la matanza del animal sacrificial presenta analogías con la ejecución de miembros de la tribu, no era [...] otra cosa que una muerte simbólica y un consumo del dios, encarnado en el animal que le estaba consagrado. Pero así como el dios sacrificado era originariamente una persona, cada víctima de ese tipo es en el fondo reemplazante de un sacrificio humano. De esta raíz caníbal procede todo ritual sacrificial, trátase del sacrificio de miembros de la tribu, de una muerte ritual de infantes para asegurarse una buena cosecha... o de la muerte de individuos ajenos a la tribu con el mismo fin... la sociedad necesita un sacrificio para el mismo tiempo que se reintegra a la naturaleza, asegurar su dominio sobre ésta”

KURNITZKY, KURNITZKY, *La estructura libidinal del Dinero*; pág 37

El último estadio en el orden de sustituciones del sacrificio es la acuñación de monedas u óbolos que representan al animal que podría ser víctima del sacrificio. El propio ganado es utilizado previamente como moneda de cambio. Esta relación entre dinero y religión es reafirmada por Kurnitsky, en una cita de Curtius: *“los dioses fueron los primeros capitalistas de Grecia, y sus templos las instituciones dinerarias más antiguas”* (KURNITZKY, pág 38).

De hecho se habla de los primeros préstamos a cargo de los sacerdotes, que obtienen grandes utilidades y se vuelven ricos utilizando las monedas que representan el ganado. En último término hay que considerar que la religión no se explica únicamente como un factor ideológico destinado a encubrir y perpetuar relaciones de dominio; la religión, en especial el paganismo primitivo, con sus rituales y sacrificios, forma parte substancial del proceso económico, le da sustento

en un plano de hábitos y costumbres, y en un plano cosmovisional. En el propio cristianismo quedan remanentes de la antigua cultura del sacrificio y el pago por el beneplácito de los dioses, particularmente en la misa.

Otra arista del proceso civilizatorio que va desde la pulsión incestuosa original a la represión, sublimación y sustitución, es la represión de la sexualidad femenina; que según Kurnitzky en atención del esquema freudiano, es identificada con la naturaleza en su aspecto amenazante. El principal resultado de esta represión en los sistemas patriarcales es la definición de propiedad en términos de objeto: esto recae en la condición de la mujer, que es comprada y a la vez usada como medio de cambio. En términos libidinales, la mujer es entendida como posesión entregada en el rito matrimonial, que en sí mismo representa una renuncia a la pulsión incestuosa. Entonces, por un lado, se intenta exorcisar la naturaleza por medio del dominio y la explotación; por otro, se instaura en la mujer una condición de objeto, lo que en términos freudianos se expresa en el carácter fálico de su comportamiento.

Lo llamativo en este proceso es que las pulsiones no se suprimen, sino se reprimen y subliman para reaparecer en objetos sustitutivos; el principal de ellos es el dinero, cuyas manifestaciones anteriores (sal, caracolas, puercos, ganado) han servido a la vez como ofrendas de sacrificio y medios de intercambio. En buenas cuentas, el comportamiento económico no obedece a una lógica utilitaria, orientada exclusivamente por el lucro, y en dirección a la satisfacción de necesidades; sino a un fondo pulsional, a cuyo contenido original se debe renunciar para entrar en una sucesión de sustitutos, los que poseen un carácter de sacrificio. Esto explicaría hipotéticamente un insaciable e irracional afán de consumo (deseo), que se manifiesta en una relación asimétrica entre *valor de uso* y *valor de cambio*, llegando incluso, según Baudrillard, a un desplazamiento de tal magnitud que el segundo sustituye al primero por completo...

V.

NECESIDAD, CONSUMO, SIGNO.

La relación entre *valor de uso* y *valor de cambio* suele ser analizado desde el punto de vista de la producción; es decir, como una transformación que sufre el *valor* en la medida que emerge en tanto representación de un costo material y temporal asignado a la generación de un bien: se considera que existe una desconexión entre un valor original y un valor adquirido en el mundo de la *oferta* y la *demanda*, pero esta desconexión no anularía cierta referencia del *valor de cambio* con respecto a lo que se estima como *costo*. Entre las numerosas tesis que propone Baudrillard sobre esta cuestión, está la que se plantea en "*Crítica de la economía política del signo*" según la cual es posible realizar un análisis inverso que arranca donde el consumo pasa a explicar la lógica de la producción. Pero, a su vez, el consumo viene determinado por una lógica del signo que intenta explicar un orden ficticio de necesidades, con que los bienes pasan a representar modos de relación social como pueden ser la jerarquía, el *status*, el *dominio*, etc. En la perspectiva clásica, el consumo es un gasto, donde lo fundamental es una "destrucción de la riqueza." Según Baudrillard, el gasto puede ser visto como una "manifestación de riqueza" en que el bien adquirido toma un "*valor diferencial del signo*". Habría aquí entonces una "*producción de valor-signo de diferencia*". El ejemplo más claro es la subasta, donde existe un desafío que supera la simple transacción:

"desde luego, en el consumo corriente, los aspectos específicos de la venta en subasta: competición vívida, reto, comunidad agonística de iguales ... Pero siempre queda, detrás de la compra (o reapropiación individual de valor de uso) el momento del gasto que, aún en su trivialidad, supone algo como una

competición, una apuesta, un reto, un sacrificio y, por lo tanto, una comunidad virtual de iguales y una medida aristocrática del valor. No nos engañemos: es esto y no en modo alguno la “satisfacción” de las “necesidades”, lo que hace de cuando en cuando del consumo una pasión, un juego fascinante, algo distinto de un comportamiento económico y funcional: un campo competitivo de destrucción del valor económico en beneficio de otro tipo de valor”

BAUDRILLARD, Jean. *Crítica de la economía...*, pp 122-123

El predominio de la lógica del valor de cambio por sobre la lógica del valor de uso nos dirige hacia una reflexión sobre el *consumo*, como proceso característico de la economía moderna, en tanto está orientada a la satisfacción de necesidades generadas por el propio sistema.

Convencionalmente se entiende como consumo la adquisición de bienes que satisfacen diversos tipos de necesidad, lo que finalmente nos lleva a definir lo que se puede considerar primario o secundario. Habría, bajo esta perspectiva, bienes de consumo para la subsistencia y bienes suntuarios. Es claro que en esta definición entran ciertas determinaciones culturales o históricas; por ejemplo, para los tibetanos la manteca de Jack como aderezo del té es un bien esencial. Sin embargo, existe la tendencia a considerar que algunas necesidades como el alimento, la ropa y la vivienda son inherentes a la condición humana, y por tanto universales y permanentes. Además, esto indicaría que todo proceso económico, por complejo que aparezca, comienza por solucionar este problema para luego continuar con las necesidades no-inmediatas pero imperativas para el desarrollo humano como el trabajo, la salud, la educación. Sólo a continuación de esta base imprescindible podría situarse el consumo suntuario, con su interminable listado de bienes tecnológicos, estéticos, culturales, etc. Todo esto supone que el objetivo esencial del proceso económico consiste en la satisfacción de las necesidades

humanas, toda vez que se entiende al hombre como el individuo de una especie caracterizada por la precariedad, en que los bienes están siempre en relación de escasez con respecto a las necesidades.

Desmontar esta visión naturalista de la economía no resulta del todo sencillo, por que, por lo pronto, es difícil cuestionar situaciones tan elementales como la supervivencia; puesto que a este nivel quedamos en la condición de una especie animal que lucha por la subsistencia. Sin embargo, es llamativo el hecho de que existiendo una capacidad económica teórica para solucionar el problema de la subsistencia, el sistema convive con manifestaciones de precariedad que resultan ofensivas para la conciencia humanista.

Al margen de las inevitables consideraciones éticas y políticas, es pertinente analizar el concepto de la necesidad que impera en la concepción convencional anteriormente mencionada, de manera que se pueda determinar hasta qué punto el proceso económico está orientado efectivamente a resolver el problema de las necesidades, que se consideran inherentes a la condición humana. Sospechamos que éste no es un dato que se pueda dar por establecido.

El concepto de necesidad económica está definido por un estado permanente de privación, donde una serie de objetos y bienes son presentados y ofrecidos para satisfacer una demanda que no termina con la adquisición y el consumo; sino que se desplaza hacia nuevos objetos y bienes desarrollados en el proceso de producción.

El supuesto fundamental en esta concepción de la necesidad económica es que existe un sujeto que experimenta un déficit que naturalmente guarda correspondencia con ciertos objetos; no siendo la actividad económica otra cosa que un puente que vuelve accequible el propósito de superar tal estado deficitario. A este respecto tomaremos como referencia la deconstrucción que lleva a cabo Baudrillard en "Crítica a la economía política del signo". El autor establece que la noción de necesidad está indisolublemente unida a las nociones de *objeto* y *sujeto*; pero esta relación tendría un carácter ideológico que nos remite a un ancestral

concepto de “mana” como fuerza mágica e impersonal que impele a los sujetos a actuar de cierta forma, donar y apropiarse de determinados objetos en un tipo de intercambio asociado al ritual. De manera análoga, siendo el sujeto y el objeto entidades separadas y autónomas, la *necesidad* sería una “*pasarela mágica*” que vincula ambos términos en la acción económica. Habría una correspondencia semejante a la función cognitiva de la verdad. Dice su autor:

“Este concepto no hace sino expresar la relación del sujeto al objeto en términos de adecuación, de respuesta funcional de los sujetos a los objetos y recíprocamente: nominalismo funcionalista, que inaugura toda ideología psicoeconómica de optimalidad, de equilibrio, de reputación funcional, de adaptación de las necesidades.”

BAUDRILLARD, Jean. *Crítica de la economía...*, pág 63

Se advierte también aquí una solidaridad entre economía y metafísica en orden a un principio de identidad y de síntesis entre el sujeto y su entorno (la relación de igualdad consigo mismo y de diferencia entre el *no-yo* y el *objeto*). En este sentido las pulsiones, preferencias, inclinaciones, voliciones y motivaciones constituirían el elemento de síntesis.

La crítica Baudrillardiana arranca desde una hipótesis primordial: podemos intentar una superación de la visión de los objetos en términos de necesidad. Esto, por supuesto, afecta la visión global que tenemos del proceso económico, y en particular de la “prioridad” que se atribuye, desde la perspectiva marxiana, al valor de uso. De momento hay un mayor énfasis en la función articuladora y determinante del valor de cambio; aunque el autor reconoce otros componentes en el comportamiento económico, como el aspecto simbólico y el carácter de signo que

adquieren los objetos cuando entran en una “lógica del código”. A su vez, este análisis nos deriva hacia una teoría del consumo, que resulta incomprensible desde una concepción convencional del proceso económico.

Si el concepto de necesidad económica tenía algún sentido natural, era por referencia a un objeto entendido como cosa dada, empírica, concreta, en el espacio y el tiempo; como los entes intramundanos e intratemporales de Heidegger – en la conciencia vulgar y de término medio. Sin embargo, cabe también un cuestionamiento sobre la esencia y el *status* del objeto, en la medida que, en cuanto bien, mercancía, artículo, servicio o prestación, toma características particulares que contradicen la estabilidad, materialidad y cuantificación atribuible al objeto. Baudrillard va más lejos y afirma que tal objeto sencillamente es un “mito”:

“No es nada más que los diferentes tipos de relaciones y de significaciones que vienen a converger, a contradecirse, a anudarse sobre él en tanto que tal. No es nada más que la lógica oculta que ordena ese haz de relaciones al mismo tiempo que el discurso manifiesta lo que oculta.”

BAUDRILLARD, Jean. *Crítica de la economía...*, pág 53

En semejanza al plexo pragmático de la analítica existencial heideggeriana; el *objeto* no es simplemente un *ente* frente a los ojos, ubicado en el *espacio* y el *tiempo*, sino un *ente de relación* que constituye el *mundo* como tal. Pero aún más; tampoco se agota en su condición utilitaria de ente a la mano. El proceso económico moderno ha radicalizado una condición ontológica difusa del objeto, donde no es percepción, ni el uso lo determinante. El status del objeto, puede advertirse según Baudrillard, de acuerdo a cuatro núcleos de acción, que involucran cuatro tipos de comportamiento humano y que constituyen lógicas diferentes. Donde finalmente el objeto pasa a representar diversos modos de

relación; y donde su carácter sólido y definido queda severamente disminuido casi hasta la difuminación en un proceso aparentemente análogo en el que ocurre con el sujeto.

Existirían por lo tanto cuatro lógicas diversas que integran los tipos de acción del sujeto con respecto al objeto, subordinadas a una forma superior de funcionamiento que caracteriza a las sociedades del tardocapitalismo, y que explicaría procesos aparentemente tan irracionales como el consumo, la especulación, la crisis económica y sus ciclos, la moda, el lujo, el despilfarro, y la miseria en medio de la abundancia. Estos niveles serían:

1. *La lógica funcional del valor de uso*, orientada hacia la utilidad y las operaciones prácticas.
2. *La lógica económica del valor de cambio*, orientada por un principio de equivalencia, en orden al mercado y la producción.
3. *Lógica del cambio simbólico*, que funciona sobre la base de una ambivalencia de los objetos, donde está en juego el orden de los significados adjudicados a las cosas.
4. *La lógica superior del valor-signo*, orientada hacia la producción de significantes de diferencia, del prestigio, del status, y en extremo de la singularidad. Esta última correspondería al ámbito propio del *consumo*, como conducta que no es utilitaria, ni meramente mercantil, sino diferenciadora y jerarquizante.

El objeto difuso del consumo se manifiesta en una maquinaria publicitaria destinada a la producción de signos de distinción y jerarquía, que no tienen una relación estrictamente proporcional con las cualidades empíricas de la mercancía; y no están en el orden de la utilidad, ni de la equivalencia. Es así que Baudrillard incorpora el efecto de imagen que incorpora la marca comercial sobre el consumidor, a tal punto que en última instancia llega a afirmar que el objeto viene definido por la marca. Un auto deportivo Aston Martin no es sólo un vehículo, es un signo de estilo y audacia. De modo que el objeto-signo que caracteriza al consumo es “detentado”, es una “posesión ostentable”, “diferencia cifrada”, dice el

autor. Frente a una concepción del consumo centrada en el “goce personal”, se plantea que corresponde a una “institución social coactiva”, aunque no en el sentido de una conculcación de la libertad individual, sino precisamente en función de opciones que el propio sujeto asume, toda vez que ha sido modelado previamente en tanto consumidor; esto implica un asentimiento de la voluntad, y una determinación del deseo.

Si lo consideramos como acción económica, el consumo estaría orientado hacia la mercancía, en atención a las prestaciones y cualidades atractivas que ésta presenta, toda vez que el conocimiento y la técnica permiten un continuo perfeccionamiento. Sin embargo, Baudrillard nos despierta de esta ensoñación naturalista y nos indica que el consumo obedece a una lógica de otro orden, que no es utilitaria ni mercantil. Claramente el objeto del consumo no es una mercancía, cuya operación está en el ámbito de las relaciones de producción y de la división de trabajo; tampoco corresponde a un bien que adquiere valor o significación a partir de las relaciones intersubjetivas. La esencia del consumo estaría en un “objeto-signo” que manifiesta una “coacción total del código”. El código representa la forma superior del tardocapitalismo como sistema de dominación, donde el poder no se distribuye en función de un orden de clase, aunque en ningún caso refleja un avance hacia la igualdad; la coacción social proviene de un sistema de signos que se remiten, diferencian y jerarquizan unos a otros, de manera que todos los sujetos están determinados a su uso con el fin de hallar un espacio donde singularizarse. El código impone una desconexión con respecto al *valor de uso*, pero también con respecto al *valor de cambio*. Es un orden que opera en base a una tendencia diferenciadora, donde la posesión del signo indica a otros el lugar que se pretende ocupar en la sociedad. El código es una estructura de signos que se definen por una relación interna, donde no intervienen factores exógenos como el *valor de uso*, al menos no de manera decisiva. Esto determina una tendencia aspiracional donde cada sujeto busca apropiarse de las señales que le permiten representar a otros el nivel que ha alcanzado o pretende alcanzar. La apropiación de ciertos signos con fines de diferenciación supone la existencia de objetos que se autonomizan en cuanto a la asignación de valor, es decir, no representan un valor intrínseco o

relativo a un uso o intercambio, sino que adquieren significación por relación a otros objetos con los que forma un *sistema de referencia*. Dice Baudrillard:

“Sólo entonces, cuando los objetos se autonomizan como signos diferenciales, y devienen con esto (relativamente) sistematizables, se puede hablar de consumo, y de objetos de consumo”

BAUDRILLARD, Jean. *Crítica de la economía...*, pág 56

La lógica de la diferenciación a través de signos jerarquizantes en los objetos de consumo dista de ser exclusiva de las clases privilegiadas, como lo fueron los símbolos de poder en la época aristocrática (el atavío, la pompa y la arquitectura real). El consumo es una tendencia totalizante que no deja espacios donde imperen otros códigos; incluso el arte que comienza por ser contestatario y termina casi siempre como mercancía. La distinción a través de los signos del prestigio es una tendencia que no responde a la necesidad que tienen el sujeto de obtener un objeto de acuerdo a fines particulares; no hay por lo tanto un consumidor que sea un elector racional, que escoja sus bienes de acuerdo con un cálculo. Hay más bien una integración sistemática de lo que el sujeto experimenta como necesidad, a un sistema económico que produce bienes que exhiben los signos de la diferenciación. Hay una especie de “armonía preestablecida” entre el deseo del sujeto y los objetos que produce el sistema. A tal punto llega esta interdependencia que Baudrillard afirma que desde el punto del consumo no hay sujetos ni objetos puros; como tampoco se podría identificar claramente individuos sino sólo estructuras de intercambio.

En una perspectiva global sobre las motivaciones sociales del consumo Baudrillard menciona una tesis muy temprana de del sociólogo y economista norteamericano Th. Veblen, donde el elemento decisivo de la génesis del orden social es “la producción de una clasificación social” (distinción de clase y competencia estatutaria). Este principio sería operativo en la producción de bienes que facilitan y potencian una tendencia a la segmentación, a la creación de

jerarquías basadas en el poder adquisitivo y la ostentación. De esta forma se llega a la siguiente generalización: *“Toda la sociedad se regula de acuerdo con la producción del material distintivo”* (BAUDRILLARD, pág. 71). Aún más, existiría una pasión característica del capitalismo, cuestión que concita el interés de Daniel Bell en “Las contradicciones culturales del capitalismo”. Baudrillard cita al autor en los siguientes términos: *“la posesión de riqueza confiere honores: es una distinción envidiosa”*. No es extraño que incluso a partir de investigaciones de campo en sociología, se haya constatado la presencia de comparación, la competencia y la envidia como motivación en la adquisición de bienes.

Volviendo a las fuentes desde donde emergen estas reflexiones sobre el sistema económico, tenemos que recordar que Heidegger ha descrito minuciosamente el mundo modelado según el pensamiento técnico. La característica relevante de este despliegue epocal del Ser es la “imposición”; es el cálculo invadiendo todos los espacios y confinando a lo ente a manifestarse como disponible: el hombre también sufre esta coacción para transformarse en un “capital humano”. Todo esto nos conduce inevitablemente a una nueva comprensión de lo que implica el totalitarismo. Aquella imagen orwelliana de una sociedad vigilada y controlada en términos carcelarios, con un poder centralizado y omnipresente puede parecerse caricaturesca y obsoleta, pero representa cabalmente una sociedad organizada en torno a un concepto totalizante como la producción, donde los mecanismos de coacción no son externos al sujeto, sino que operan en la misma base de sus deseos. Es así que el consumo es la estructura que da coherencia a un orden que impone la productividad y el desarrollo respecto a los sujetos que buscan validarse y singularizarse a través de un sistema de signos. Hay una correspondencia entre lo que el sistema demanda y lo que el sujeto experimenta como necesidad. Por consiguiente el totalitarismo ya no pesa como una estructura política que se impone a partir de un control material férreo (los casos del nazismo y el stalinismo, en los términos en que los ha presentado Hannah Arendt) sino como una dominación sutil que incluye una aparente libertad individual para escoger los bienes y servicios para satisfacer las necesidades que se desprenden del proyecto personal.

Baudrillard reactiva el diagnóstico de Marcuse sobre una “*desublimación represiva*”, cuestión sobre la que se propondrá una reflexión posterior, y expone las características de una “*desublimación dirigida*” en un contexto en que la liberación y la rearticulación de movimientos sociales viene en retirada. Para Baudrillard el proceso es irreversible en cuanto a que la propia definición de lo político en torno a la libertad individual viene determinada desde un impulso económico para el cual resulta necesaria la existencia de individuos libres capaces de tomar decisiones en función del consumo. Recordemos aquí la diferencia señalada, entre otros, por Hannah Arendt en “*La vida activa*”, entre libertad positiva y negativa. Se realiza en el sistema económico una ‘libertad de’, pero no existe una ‘libertad para’. Aquí es pertinente también el anuncio de Nietzsche sobre una época del nihilismo donde existe una libertad para la nada. El sistema de consumo tiene la capacidad de replicarse a sí mismo intentando perpetuarse, pero no puede superarse a sí mismo; no hay saltos cualitativos, sino un crecimiento hacia lo gigantesco de una misma estructura. Que la desublimación sea ‘dirigida’ significa que los procesos de liberación en el ámbito de la política, de la economía y de la sexualidad no ponen en jaque al sistema social, sino que ponen en circulación una energía contenida a través de cauces preestablecidos.

Los procesos de liberación, en el plano de la *utopía*, y en base al ideal de la igualdad y la justicia social, han perdido fuerza operativa, al margen de la pérdida de referencia del socialismo real. Esto podría encontrar cierta explicación conceptual más allá de los problemas derivados de las condiciones que impone la lucha política en un contexto donde impera una amalgama entre liberalismo y democracia, en un intento de retornar al *valor de uso* como referente de la actividad económica, concediendo al trabajo una dignidad especial como fundamento de un intercambio utilitario y real con el mundo de la materia y los objetos. Esto señalaría una posibilidad de reapropiación de las mercancías por parte de los sujetos, significando además una reapropiación del *trabajo alienado* en el *valor de cambio*: en definitiva, una apropiación de sí mismo; una desalienación. El problema, según Baudrillard, es que el propio valor de uso es una ideología que surge a partir de los requerimientos del *valor de cambio*; es un fantasma que se proyecta sobre el vacío teleológico que produce la abstracción mercantil. La razón es que el individuo

moderno está pensado y modelado en términos económicos, por tanto la *alienación* no consiste tanto en una reificación del trabajo y la función productiva, sino en la implicación de las nociones de *utilidad* y *necesidad* en la misma definición del hombre, o en la forma en que el hombre se interpreta así mismo. Dice el autor:

“... es el sistema económico el que induce la función/individuo y la funcionalidad simultánea de los objetos y las necesidades... el individuo es una estructura ideológica, una forma histórica correlativa a la forma/mercancía (valor de cambio) y de la forma/objeto (valor de uso)... el individuo y sus “necesidades” están producidos por el sistema económico como células de base de su reproducción... las “necesidades” son un trabajo social, una disciplina productiva... en parte alguna el sujeto ni su deseo se hallan implicados.”

BAUDRILLARD, Jean. Crítica de la economía..., pág 152

El carácter totalizante del sistema económico queda de manifiesto en una lógica por la cual ciertas “pulsiones” o “relaciones simbólicas” que podrían considerarse transgresoras o económicamente inasimilables, se transforman en “necesidades” que luego el mercado se encargará de poner en circulación.

La apelación a una supremacía del valor de uso revela, según Baudrillard, un fetichismo de las necesidades y de la utilidad, que no expresa otra cosa que una abstracción determinada socialmente. El supuesto fundamental es que el individuo es inalienable en sí mismo, y que el valor de cambio impone una violencia a su naturaleza. Pero esto es un espejismo, toda vez que el individuo está pensado como factor indispensable del intercambio económico, en cuanto potencial consumidor demandante de bienes y servicios. El diagnóstico sobre la condición humana en el mundo tardocapitalista es desalentador:

“... rodeado de mercancías y valor de cambio, el hombre no es ya sino valor de cambio y mercancía. Rodeado de objetos que funcionan y “sirven”, el hombre no es ya otra cosa que el más bello de los objetos funcionales y serviles”

BAUDRILLARD, Jean. Crítica de la economía..., pág 156

Esta condición incluso afecta las relaciones del hombre consigo mismo, se busca la optimización y la utilidad con respecto a sí mismo; dice el pensador que aparece como tendencia el “hacer buen uso de sí mismo”, maximizar el goce y la satisfacción. A este fenómeno corresponde la profusión de la literatura de autoayuda, la cultura hedonista del cuerpo, la espiritualidad exótica y personalizada, la medicina alternativa, etc. Hay una sentencia tomada de Marx donde se advierte la profundidad del proceso económico en cuanto a su determinación de la naturaleza humana: *“La producción no produce solamente bienes, produce también hombres para consumirlos y las necesidades correspondientes”* (pág 157).

Ésta sería la razón de fondo para plantear que el valor de uso no es más que la consumación del valor de cambio. Habría una “ideología naturalizante” con respecto al valor de uso, en orden a presentarlo como fundamento de toda acción económica en tanto efecto primario de la necesidad. De esto surge una especie de democracia de las necesidades en que se reconoce una igualitaria posibilidad de “felicidad” y “satisfacción”, por contraste con el valor de cambio donde la desigualdad es evidente. No sólo esta ideología no ha sido capaz de desafiar en términos decisivos al sistema económico, sino que además se ha transformado en su garantía. Simplemente, afirma Baudrillard, la supremacía del valor de cambio no podría producirse (verificarse) sin el concurso de una naturalización del valor de uso.

“... el sistema del valor de uso viene a naturalizar este último (valor de cambio) y a ofrecerle esta caución universal e

intemporal sin la cual el sistema de valor de cambio no podría sencillamente reproducirse” (160)

... es aquello por lo cual se confirma ideológicamente el sistema de producción y de cambio.”

“...el fetichismo del valor de uso es más profundo, más ‘misterioso’ aún que el fetichismo del valor de cambio”

(ib.161)

La tendencia hacia una naturalización del valor de cambio, desde el valor de uso, parece transferirse a ciertos conceptos del pensamiento económico que se asumen como dados y fácticamente inevitables, tales como son el crecimiento y el desarrollo. Se llega al punto de considerar tales dogmas como imperativos morales; se implica en ello un llamado a la responsabilidad política.

VI.

FILOSOFÍA DEL DINERO

Para iniciar un análisis de los principales aportes de Simmel a la comprensión de la filosofía moderna en relación a su impacto social, y en lo que compete a la función central asignada al dinero, tomaremos en cuenta la excégesis aclaratoria y sintética del autor italiano Gianfranco Poggi. Su enfoque no es atractivo sólo por contextualizar el pensamiento de Simmel en la atmósfera de la Alemania de fin de siglo, sino que también por su capacidad para identificar los hilos conductores de una obra que se presenta como una miscelánea de observaciones sociológicas que no siempre es sistemática.

La interpretación que propone Poggi sugiere una lectura que considera la superposición de varios leit-motiv que se han desplegado en una estructura de anillos concéntricos donde el punto inicial que servirá de referente es una definición de “*acción económica*”. Sin esta aclaración previa resulta difícil conectar el resto de las impresiones unas veces filosóficas, otras sociológicas.

Para entender como funciona el dinero en la economía moderna, es menester separar la asociación tan natural entre economía y necesidad material, no porque el vínculo no exista, sino porque no es determinante. Entonces la cuestión principal no es la producción, la escasez o la utilidad, sino el intercambio. Poggi lo expresa de la siguiente manera:

“...La acción es económica cuando gira alrededor de la conspiración de dos cosas (o estados, o actividades), cada una de las cuales posee valor según sus propios términos, pero en circunstancias donde la posesión o el goce de ambos valores por un sujeto no es posible, y la posesión o el goce

de unos deben ser cedidos para asignar la posesión o el goce del otro”

POGGI, Gianfranco, pág 84

Hay intercambio cuando dos o más sujetos acuerdan cada uno alguna posesión a cambio de otra que consideran más valiosa o necesaria; incluso cuando se trata de necesidades básicas como la alimentación: el trabajador renuncia al ocio en función de algo que considera imperioso; en esto Simmel ve una decisión, y no un impulso ciego. Desde el punto de vista del objeto o la mercancía, adquiere “*valor económico*” una vez que se está en disposición de “sacrificar” la posesión de ella, con el afán de apoderarse de otra cosa. Simmel señala lo siguiente: “*que una cosa vale algo en términos puramente económicos significaría para mí que vale algo, es decir, que estoy dispuesto a ceder algo por ella*” (ib.pág 84).

Las características del intercambio, que es el acto económico por esencia para Simmel, apuntan hacia una forma particular de objetividad que es una condición indispensable para la ejecución del intercambio, un “distanciamiento” respecto del deseo de posesión que se adhiere a las cosas. El distanciamiento objetivador no anula una valoración siempre subjetiva, sino la dirige hacia una conmensurabilidad entre diversos objetos. Aquí, se abre un espacio de abstracción, en que virtualmente todos los objetos se pueden medir de acuerdo a un patrón que establece un sistema de equivalencias. El carácter abstracto de la acción económica radica en que el intercambio supone una relación indirecta con las cosas; donde lo que importa no es el valor intrínseco asignado a ellas, sino el valor que resulta de una “*relación entre las cosas*”. Para Simmel es por virtud de esta separación de las cosas que el acto económico constituye un mundo propio, escindido del valor de uso o del origen material:

“Es un mundo aparte, que separa y califica la realidad concreta de los objetos mismos. Al quedar ordenadas y

arregladas según valores económicos, las cosas pasan a constituir un cosmos completamente diferente de aquél postulado por su realidad natural, inmediata.”

POGGI, G. pág 85

Se desprende de lo anterior que la acción económica es una estrategia mediadora del deseo espontáneo, que fija condiciones para su realización. El deseo de posesión de un bien exige un sacrificio, un precio, en que el sujeto debe ofrecer algo a cambio, energía, bienes, dinero, y en buenas cuentas el tiempo vital. La mediación es la esencia del acto económico. Por esta razón, el robo no puede considerarse una perversión de la naturaleza humana, sino un impulso espontáneo por apoderarse de ciertos bienes, sin la mediación del sacrificio, llámese trabajo, producción o mérito. Podemos anticipar aquí un esquema de cuño freudiano, según el cual, las bases de la civilización radican en un acto de represión; como en el caso de la pulsión erótica a través del tabú de incesto. De hecho, se planteará una conexión entre economía y sublimación represiva. El acto económico supone una represión del instinto rapaz. La economía fija las condiciones para la realización de los deseos de posesión sobre los objetos.

Pero además, parece haber una ventaja racional en la acción económica y que es imposible por el robo, que consiste en que en toda transacción los participantes están dispuestos al intercambio en la medida que todos creen poder ganar algo; a diferencia del robo, que es de suma cero.

Con estas indicaciones Simmel estaría apuntando hacia algunas cualidades propias de la acción económica, que en el contexto de la modernidad significarían un ascenso en la importancia que adquiere el dinero como medio universal de intercambio. A su vez, la universalidad del dinero y la aparente proximidad de valor que se establece para todo tipo de bienes y servicios, estaría imponiendo una especie de libertad bajo la sola condición del disponer del dinero suficiente. De este modo los signos de un poder otrora inaccesible, quedarían desacralizados

como bienes de intercambio apetecidos por las masas. Al respecto, es notoria la demanda de bienes de una estética distinguida y aristocrática, reflejando con ello un deseo de poseer un símbolo de poder que ya no existe.

Por sus características de abstracción, el intercambio económico tiende hacia una nivelación en cuanto al valor de los objetos, en el sentido de instaurar un continuum en que cabe comparar los objetos más disímiles. En ningún caso, se trata de una depreciación de los bienes, puesto que los hay de valores exorbitantes, sino de un sistema de referencias común a cualquier potencial consumidor. De aquí que la cuantificación monetaria parece invadir todos los dominios hasta adquirir un carácter omnipresente.

Por otra parte, la igualdad formal del intercambio económico contrasta con la desigualdad efectiva dada por las condiciones concretas en que cada sujeto se presenta al juego de la oferta y la demanda. En este aspecto, sigue siendo pertinente la tesis marxiana de la alienación del trabajo, donde este factor tan determinante para la condición humana es tratado como una mercancía que se transa en el mercado. En la medida que el trabajo entra en el continuum del valor de cambio, el sujeto que se presenta al mercado con esta potencialidad está estructuralmente en desventaja.

Con todo, la acción económica, que se basa en una capacidad de intercambio, es según Simmel, un tipo de relación a través de la cual los objetos adquieren un valor artificial, en que el esfuerzo productivo, la necesidad y la utilidad no son los factores determinantes; esto transforma a la economía más bien en un sistema de relaciones y valorizaciones, que en un sistema productivo orientado por la escasez; en otras palabras, estamos hablando aquí de un sistema de precios relativos. Dice Simmel:

“Con independencia de lo mucho que se estudie un objeto dado con respecto a sus propiedades inherentes, uno no puede hallar su valor económico, porque éste consiste

exclusivamente en la relación recíproca que establecen esas propiedades entre varios objetos, cada uno de los cuales condiciona al otro y hace recíproca la importancia que recibe de él...

La utilidad de un objeto como tal no está en una posición para llevarlos al proceso económico, a menos que haga que el objeto sea deseado, lo que no siempre sucede... Por otra parte, deseamos y valoramos económicamente muchas cosas que sólo una extensión arbitraria de la práctica lingüística puede designar como útiles..."

POGGI, pág 87

Todo parece apuntar a que Simmel intenta situarse en un ámbito de análisis distinto al de la economía clásica, donde imperan como fundamento los conceptos de utilidad, escasez, producción y valor de uso. Por esta razón sus planteamientos tienen un aspecto inclasificable. La cuestión es que la importancia asignada al intercambio como factor determinante en la acción económica, crea el espacio para establecer una centralidad del dinero, no sólo como medio de intercambio, sino como verdadero sistema de valoración, que genera modos de interacción subjetiva específicos y característicos de la era moderna. Por una especial cualidad de abstracción el dinero se torna una fuerza configuradora que pone en contacto los objetos y situaciones más diversas; y esto a su vez modifica la conducta de los sujetos: incluso determina relaciones sociales, más allá de la lógica de una lucha de clases. Esta presencia omnímoda del dinero en cuanto sistema de valorización y cuantificación nos sitúa en las condiciones propias de la modernidad, que hace posible incluir al tiempo como un factor más del cálculo económico; por esta razón nos parece pertinente detenernos en la obra capital de Simmel. Aún más, no serían los hallazgos científicos y tecnológicos los instrumentos en que se revela con mayor

fuerza el imperio del pensamiento técnico, sino en el propio dinero, en la medida que es el factor que pone en disposición a todo lo ente para el cálculo; dicho en otros términos, *es el factor que valoriza lo ente.*

En función de este último vínculo conceptual que resulta esencial para desarrollar una relación entre tiempo, economía y técnica, hemos señalado que la obra de Simmel es primordial para mostrar el nexo entre el tiempo y la lógica dineraria, en particular en el contexto de una modernidad que viene definida por el dominio de la subjetividad, y donde la temática del valor resulta sustantiva.

El tratamiento que Simmel da a la cuestión del valor, arranca desde un supuesto metafísico insuficientemente analizado, que es la simple afirmación como cosa dada de la división ontológica entre *Ser* y *valor*. En términos similares al empirismo, Simmel afirma lo siguiente:

“Que los objetos, los pensamientos y los acontecimientos sean valiosos no se podrá deducir nunca de su existencia y contenidos naturales”

SIMMEL, George; *Filosofía del Dinero*, pág. 7

Sin embargo, Simmel no está relegando las valoraciones a la mera fantasía; el valor es un punto de vista que, por contenido, no pertenece a lo ente; pero que en su génesis como proceso mental obedece, en cierta medida, a leyes naturales. Habría entonces un aspecto objetivo del valor en cuanto hay un proceso causal por el que experimentamos determinada sensación, que expresamos bajo la forma de valores. En último término, el valor no es reductible al ser, aunque pueda describirse el proceso por el cual formaremos una idea tal. Para Simmel, la imposibilidad de demostrar la existencia del valor, es análoga a la imposibilidad de demostrar el ser o la existencia como atributo de algo. La solución que el autor pretende dar al problema metafísico subyacente no nos entrega una visión clara y

coherente; de manera que concentraremos la atención en la cuestión de la subjetividad del valor, que se pretende como principio.

Simmel establece con nitidez lo siguiente:

“El carácter del valor, como se puso de manifiesto al contrastarlo con la realidad, es lo que se acostumbra a llamar su subjetividad.”

“... parece que el origen de la valoración sólo puede ser el sujeto, con sus estados de ánimo y reacciones normales o especiales, duraderas o cambiantes.”

SIMMEL, G., *Filosofía del dinero*, pág. 12

A pesar de este énfasis inicial en la condición esencialmente subjetiva del valor; Simmel agrega un grado de complejidad a su planteamiento, señalando que, independiente del proceso particular, y hasta contingente, que conduce a un sujeto a formular juicios de valor, existe cierta “objetividad” especial en la valoración, que permite explicar el nivel de adhesión espontánea hacia determinados objetos o ideas, en la medida que las concebimos como valiosas en-sí. Por ejemplo: el sentimiento del deber nos conmueve de tal forma que no atendemos a la situación subjetiva que lo produce, sino al modo en que se nos presenta, como valioso *en-sí*. De lo contrario, todo cuanto se considera valioso carecería de eficacia psicológica, no habría motivación. En este punto, Simmel se aproxima a las tesis objetivistas sobre la naturaleza del valor:

“Por supuesto, todo valor que sentimos como tal es, precisamente, un sentimiento; lo que queremos expresar con este sentimiento es un contenido significativo en y para sí,

que el sentimiento realiza psicológicamente, pero que no es idéntico a éste y no se acaba en él.”

“El valor adscrito a cualquier cosa, persona, situación o acontecimiento, exige su reconocimiento.”

“Vista desde la perspectiva de la objetividad natural, una aspiración puede parecer subjetiva; donde el sujeto, en cambio, es algo objetivo... el valor de las cosas pertenece a aquél tipo de contenidos que, al mismo tiempo que lo imaginamos, lo sentimos como algo separado de la función por intermedio de la cual vive en nosotros”

SIMMEL, G.; *Filosofía del Dinero*, pág. 21

Ahora bien, no se concluye de esto que los valores constituyen un mundo ideal en sí, o a partir del cual los objetos adquieren significado por una suerte de participación; en este sentido Simmel se aparta de la tradición objetivista respecto a los valores. La valoración sigue siendo un acto esencialmente subjetivo, en la medida en que está influido por el deseo. Lo que otorga cierta sensación de autonomía al valor de los objetos, es una “resistencia” y un “distanciamiento” que actúa como estímulo del deseo. Esto se debe, según Simmel, a una especialización y refinamiento progresivo de las necesidades en el hombre; de manera que el universo de objetos capaces de satisfacer una demanda específica se reduce hasta situarnos en una escasez, incluso nos enfrenta al problema de una exclusividad del objeto de satisfacción; cuestión que aumenta la dependencia del sujeto con respecto a algo único que lo puede satisfacer. De ahí el carácter de mercancía absoluta que puede llegar a representar el arte: actividad que produce piezas únicas, que adquieren un valor inestimable. El autor señala:

“Una concepción de la adecuación final, fácil de comprender, en cuanto a la orientación de mostrar fuerza práctica, suele mostrarnos el objeto como algo valioso, en tanto que lo que nos excita en realidad no es éste en su significación objetiva, sino la satisfacción subjetiva que ha de procurarnos”

(pág. 22)

“Cuando el refinamiento del sujeto reduce el número de objetos que satisfacen sus necesidades, sitúa a los objetos de su deseo en aguda contradicción con todos aquellos que también satisfacen la necesidad en-sí, pero que, sin embargo, ya no son solicitados”

SIMMEL, G., Filosofía del Dinero, pág. 23

De aquí se entiende que la esencia del valor, en tanto medida de las condiciones de intercambiabilidad de los bienes, es decir, en tanto económico, radica en la deseabilidad de los objetos. Pero a su vez, el deseo depende de una relación entre el sujeto y el objeto; que no puede ser de distancia absoluta, ni de accesibilidad inmediata, sino de una resistencia relativa. En este caso estamos, a juicio de Simmel, en la definición platónica del amor como una situación intermedia entre la posesión y la falta; y también de la filosofía con respecto al saber y la ignorancia. Se valoriza un objeto, y por lo tanto se lo desea, en la medida en que no disponemos de él, y suponemos o imaginamos que puede satisfacer una necesidad; sin embargo, la distancia que se genera a partir de los obstáculos no hace sino estimular el deseo, e incrementar el valor en su dimensión subjetiva. Por otra parte, los obstáculos no pueden ser tales que anulen la expectativa de poder conseguirlos con un esfuerzo razonable.

Bajo estas condiciones se hace posible que los objetos que se hacen deseables, o que incluso se constituyen como tales objetos a través del mismo deseo, adquieran un valor que no necesariamente nos remite al costo de producción, sino a su relación con otros objetos deseables, y con la masa de los demandantes en función de la disponibilidad. Todo esto constituye la base sobre la que se establece un valor de transacción o precio.

Pasando a un segundo nivel de análisis; es necesario localizar el acto económico individual, que incluye una valorización de raigambre subjetiva, en el contexto más amplio del sistema económico, en que el valor se autonomiza de su origen psicológico para transformarse en un patrón de medida impersonal, abstracto y constante.

“La economía intenta alcanzar un grado de consolidación en el que las cosas determinen recíprocamente su medida de valor por medio de un mecanismo autónomo, con independencia de la cuestión de cuánto sentimiento subjetivo se ha incorporado en este mecanismo como presupuesto o material.”

SIMMEL, G. pág. 37

En lo que se refiere a la relación de deseo del sujeto con el objeto, habría entonces una doble dimensión del valor. Por un lado el aspecto sentimental o la adhesión subjetiva a un objeto diferenciado; por otro, un valor representativo de la demanda que dicho objeto concita en un universo de consumidores, que contempla otras alternativas que pueden eventualmente satisfacer el mismo deseo. En torno al valor intersubjetivamente asumido, se forma un campo de intereses que determina un sistema de medición impersonal y autónomo. Dice Simmel:

“La economía canaliza la corriente de las valoraciones por medio de la forma del intercambio, al mismo tiempo, un interregno

entre los deseos , de los que mana todo el movimiento del mundo humano, y la satisfacción del goce en la que aquella desemboca”

(Ib. Pag.38)

De esta manera se articula un acto de valoración subjetivo, con una referencialidad entre los objetos que da origen a un valor económico. Ésta es la vía por la cual llegamos finalmente a una determinación de precios, para la cual se vuelve indispensable el uso del dinero. En el acto económico del intercambio se hallan imbricados la abstracción y el deseo:

“...el sistema económico está fundamentado, en efecto, en una abstracción, en la relación recíproca del intercambio, en el equilibrio entre el sacrificio y el beneficio, en tanto que en su proceso real, en el que completa su fundamento y su resultado, los deseos y los goces se hallan inseparablemente mezclados.” (Ib. Pag. 39)

La objetividad del valor económico radica en que se establece en función de intereses particulares y subjetivos, pero que se expresan en una necesidad de intercambio que impone una igualdad con respecto a ciertos objetos. El intercambio propicia una conmensurabilidad de valores entre los objetos.

Antes de llegar a una vinculación entre conceptos como precio y dinero, se hace indispensable distinguir entre precio y valor. Hay que considerar que Simmel reconoce un aspecto objetivo del valor en lo tocante a la intercambiabilidad de los objetos, donde la oferta equivale a la utilidad que el sujeto percibe en un bien, y la demanda a la escasez. Esto indicaría que si bien aquél valor objetivo resulta de una relación entre objetos, y por lo tanto es relativo, tal valor es independiente del deseo

particular y el significado que representa para cada sujeto. Hay en esto cierta estabilidad que nos hace pensar que los bienes tienen un valor por sí mismos, al menos, en el sistema económico. Pero una cosa distinta es la cuestión del precio, que está sometida a todo tipo de circunstancias, por ejemplo la escasez o el apremio. Se puede pagar un precio exorbitante por bienes de poco valor.

Por otra parte, pudiendo distinguir el precio del valor, no se puede afirmar que el valor es independiente del precio; son nociones solidarias. Incluso, afirma Simmel, que sin precio, es decir, sin que alguien esté dispuesto a entregar algo a cambio de un objeto que se desea, no habría valor. Esto a su vez implica que la fuente del valor no es la escasez, ni la necesidad, sino el acto subjetivo de desear algo por lo cual se está dispuesto a pagar y no necesariamente dinero. Esta lógica abarca al trabajo, que para Simmel debe ser entendido en la dinámica del intercambio, como el precio en capacidad y disfrute del ocio, que se debe pagar para obtener su renta.

La complejización del intercambio; la diversidad y abundancia de bienes y sujetos dispuestos a adquirirlos vuelve necesario el establecimiento de un medio que facilite el intercambio. En esta situación es donde interviene el dinero; que viene a ser el eslabón más concreto del proceso económico en lo que concierne a los conceptos, pero abstracto en lo que se refiere a la materialidad de la producción de bienes.

Una vez que hemos ingresado en los dominios del intercambio, la subjetividad característica del deseo que se vuelca sobre los objetos, cede terreno a cierta objetividad que se funda en la forma que adquiere el intercambio, en que actúan reglas impersonales que convocan la voluntad de todos y cualquiera. Simmel señala:

“...Los elementos en los que todo contenido es subjetivo, pueden ganar o reproducir con la forma de su relación mutua aquello que nosotros llamamos objetividad” (pág. 91)

Sobre esta particular forma de objetividad, que viene definida por su cualidad homogeneizante, actúa la lógica del dinero. Para el autor, este instrumento del intercambio no resulta simplemente de una opción arbitraria; hay cierta necesidad en el uso del dinero, como única respuesta satisfactoria a los requerimientos que impone una forma intensificada de la actividad económica, donde los actores se hallan cada vez más distanciados desde el punto de vista personal, y donde los bienes están destinados a deseos cada vez más específicos. Un mundo reconcentrado de interdependencias, de relaciones abstractas, y de división del trabajo, demanda el uso de un medio fluido y manipulable como el dinero. Pero aún más, Simmel pretende, no sin buenos argumentos, que el uso de este medio se encuentra inscrito en características ontológicas:

“El rasgo característico de toda existencia cognoscible, esto es, la interdependencia y reciprocidad de todo lo existente, incorpora el valor económico al aplicar este principio vital a su base material, con lo que se hace comprensible la esencia del dinero. En el dinero es donde el valor de las cosas, entendido como reciprocidad económica, ha encontrado su expresión y culminación más puras.”

SIMMEL, pág. 99 “Filosofía del dinero”

Por consiguiente, el ascenso en la importancia del dinero como instrumento del intercambio económico, no respondería a una decisión convencional, sino al desarrollo de una potencialidad inherente al sujeto, en la medida que lo concebimos como una conciencia que proyecta valores en función de un deseo. La interdependencia del sujeto con su entorno exige que la estimación de valores se materialice en un sistema de precios que ponga en relación los objetos más diversos, y según este propósito, el dinero cumple con las condiciones necesarias.

Este medio de pago universal hace posible aplicar una cantidad de valor a todos los bienes y servicios que genera el trabajo, el sistema productivo y la técnica.

La definición que Simmel nos propone del dinero, no se funda en una degradación con respecto a un valor de uso, o una lógica productiva, sino en la capacidad de intercambio. El dinero sería el medio adecuado para expresar la "trocabilidad" de los bienes; pero por su fluidez y dinámica terminaría transformándose él mismo en un bien apetecido, adquiriendo una inesperada autonomía.

"... el dinero es una "acumulación abstracta del valor"; como objeto visible, el dinero es el cuerpo con el que se cubre el valor económico, abstraído de los objetos valiosos... Si el valor económico de los objetos reside en la relación recíproca que éstos establecen en función de su trocabilidad, el dinero es la expresión autónoma de esta relación... es la relación especial de aquello que es común a los objetos en cuanto económicos."

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág. 100

La universalidad y abstracción del dinero no dejan de provocar profundas consecuencias en la existencia humana, aún cuando estas condiciones se relacionan con una consistencia simbólica de aquél, se vuelve un bien indispensable en medio de una sociedad caracterizada por la división del trabajo y la estrecha interdependencia.

"... en ningún otro símbolo exterior se expresa de modo tan completo la miseria general de la vida humana como es la

necesidad perpetua del dinero, que oprime a la mayoría de los seres humanos”

Ibíd. Pag 100.

La intensa necesidad que se crea en torno al dinero tiene que ver con la extraña cualidad por la que, siendo un medio y una función pura, se convierte en un fin en sí mismo, como si constituyera un valor propio. Entonces ya no se valoriza el dinero sólo en tanto poder adquisitivo, sino en tanto bien apetecible y productor de utilidad. Simmel apunta hacia el desdoblamiento del dinero como medida del valor recíproco de los bienes, y como medida de sí mismo. Tal es la eficacia del dinero como instrumento de pago en el intercambio, que se descubre en él también la capacidad de pagar su propio intercambio. De esta cualidad procede el crédito, el interés y la correlación de valor entre las monedas.

Otra de las características inquietantes que se atribuye al dinero es la de manifestar y, en cierto modo, provocar una descualificación de las cosas por medio de su transformación en mercancía. Esto nos trae a conciencia aquella violenta sacudida de las significaciones que el pensamiento técnico opera sobre los entes y el propio sujeto, según el planteamiento heideggeriano. En la perspectiva de Simmel, el dinero, en la medida que actúa como una función pura, carece de cualidad interna, pero al intervenir en términos decisivos sobre el intercambio y la valorización de los objetos, transfiere esa falta de consistencia a los propios bienes, que pasan a constituirse en mercancías transables y mutuamente equivalentes. Se esconde el aspecto singular e intransferible de las cosas, la significación particular; la pertenencia existencial, en virtud de la cual, las cosas aparecen en el ámbito de la experiencia individual.

“El dinero no es solamente el objeto fungible por excelencia en el que, por lo tanto, cualquier cantidad se puede sustituir por otra, sin que esto implique diferencia

ninguna, sino que es, también por así decirlo, la personificación de la fungibilidad de las cosas.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 105

La fungibilidad del dinero se transfiere a los objetos, y predispone al sujeto para el consumo. Esta conducta manifiesta la acusada descualificación operada desde la lógica pecuniaria.

El mismo efecto que la función dineraria ejerce sobre la cualidad de los objetos, se vuelca sobre una representación económica del tiempo; donde se destaca una aspiración de una constancia del valor en el tiempo, de modo que sea posible efectuar cálculos de largo plazo. La misma factibilidad de los negocios depende de aquello. De esto resulta una homogenización del tiempo en orden a establecer unidades de producción equivalentes:

“La duración de las acciones económicas sucesivas, sin la cual no se hubiera producido la continuidad, las conexiones orgánicas o la fertilidad interna de la economía, depende de la estabilidad del valor, puesto que es la única que posibilita cálculos a largo plazo.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 107

Al margen de la referencia del dinero a las cosas, o al tiempo, la moderna economía monetaria ha producido espacios en que la condición absoluta de instrumento cede paso a una “relatividad” en que el dinero se transa de acuerdo a una lógica propia, que es el presupuesto de una política económica. Por ejemplo, determinación y manejo de tasas de interés para controlar la inflación. De esta

manera, Simmel afirma que el dinero pasa a ser un “objeto de mercado”, y “ya no es una relación, sino que tiene una relación” (Íb.pag. 108)

Esta autonomía de la lógica dineraria no indica un aislamiento de la actividad económica respecto a otras actividades, sino más bien una superposición dominante en que la economía es el principio rector. Esto se evidencia a comienzos del siglo XX para Simmel, de tal forma que el autor llega a formular una tesis en términos ontológicos.

“La distancia que separa lo subjetivo de lo objetivo en su unidad originaria, toma cuerpo en el dinero, por así decirlo, mientras que, por otro lado, la misión de éste consiste en acercarnos lo que, de otro modo, sería inalcanzable”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 112

En lo que compete a la praxis, Simmel considera que el dinero es el factor decisivo; y en la medida que ignoramos los alcances de su lógica, su dominio se hace aún más inflexible:

“tal es el significado filosófico del dinero: dentro del mundo práctico constituye lo que es más decisivo y visible, la realidad más evidente de las formas del Ser general, por medio de las cuales hallan su sentido unas de las otras, y donde la reciprocidad de las relaciones en las que participan, encuentran su ser y su parecer.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 113

Esta concepción de la economía y la sociedad moderna sólo es posible en el contexto de un extendido dominio del pensamiento técnico, en que una “voluntad de poder” actúa como principio de organización en cuanto a un estrechamiento de la mirada sobre lo ente en función del cálculo. El dinero aparece como el instrumento a través del cual el cálculo penetra hasta en los rincones más insospechados. Es una concepción de lo ente lo que está en la base de la preponderancia de la lógica dineraria sobre los asuntos económicos y políticos.

Para comprender mejor la profundidad con que la lógica dineraria expande su influjo, es necesario tomar en cuenta algunos aspectos relativos a la estructura que adquiere el dinero en la medida que constituye un sistema.

Si nos remitimos al valor intrínseco que podría adjudicarse al dinero, tendríamos que hacer referencia a su valor substancial, el que progresivamente ha dejado de tener respaldo en metales preciosos. La razón por la cual se recurrió al patrón oro radica en ciertas cualidades del metal, y su relativa escasez, que permiten garantizar el valor del dinero circulante, a la vez que limita su cantidad. Este sistema de respaldo deja de tener vigencia cuando se descubre que el valor del dinero no reside en una substancia inmutable sino en su fluidez, en su falta de resistencia al intercambio y, por lo tanto, en su funcionalidad extrema. La base para constituir una estructura dotada de cierta estabilidad está en aquella capacidad para determinar el valor substancial a través de la función.

Que el dinero contenga un valor substancial que no reside en su cualidad estacionaria implica una capacidad de representar más o menos adecuadamente el valor de las mercancías, en la medida que éstas se valorizan en el intercambio. La hipótesis principal de Simmel para explicar esta capacidad consiste en establecer una correspondencia y una proporcionalidad entre, por un lado, la unidad monetaria y la totalidad del dinero circulante en una economía y, por otro, una mercancía determinada y el total de las mercancías disponibles para el intercambio. Estas relaciones corren paralelas, sin que sea necesario acudir a una estricta vinculación de valor substancial entre una mercancía y una unidad monetaria. El soporte del precio asignado a una mercancía estaría en la coherencia de las series respectivas

de proporciones. Nada menos que en esto radicaría la eficacia del dinero en su rol representacional. Cierta cantidad de dinero representa el valor de una mercancía, no por una igualdad en el valor de las respectivas sustancias, sino por su coherencia en las relaciones entre una fracción y la totalidad; existiendo cierta racionalidad en los precios que no obstante se debate en las inevitables vicisitudes de la oferta, la demanda y la escasez.

El equilibrio se altera cuando irrumpen factores contingentes como las modificaciones significativas de las totalidades de mercancías y de dinero, que a su vez se transforman en fenómenos como la inflación, la deflación, etc. Con todo, la racionalidad de los precios tiene que ver con cierta distribución del gasto, que tendrá que contemplar determinadas cantidades para determinadas mercancías, y que depende de una jerarquización sujeta al cambio social y tecnológico. Las argumentaciones de Simmel aparecen en una secuencia:

“1º... cuando hay que medir un cambio, una diferencia o la relación de dos cantidades, basta con que las proporciones de las sustancias que miden se reflejen en la medida, a fin de determinar éstas por completo, sin que sea preciso que exista ninguna igualdad esencial entre las sustancias”

“2º... Si resulta posible pues, considerar la medición de los objetos en el dinero como un resultado de este esquema, se puede prescindir de la comparabilidad directa de ambos y, con ello, también de la exigencia lógica del carácter de valor del mismo dinero”

“3º... Como quiera que la unidad de mercancía del cambio natural materialice y representa la idea de valor de todo el conjunto de objetos, del mismo modo que la unidad

pecuniaria representa el conjunto de monedas, esta formulación de uno por uno no es más que la equivalencia, expresada ingenuamente, de los conjuntos que estamos considerando. Podemos suponer que la relación de las unidades, al menos, se considera como la representación simbólica de las relaciones de la totalidad”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pp 119, 120 y 121

Se agrega la condición que tanto las mercancías como la moneda, consideradas como factores determinantes del precio en su correlación, son elementos dinámicos, y por lo tanto eficaces en la economía. Para todos los efectos los elementos que permanecen fuera de la circulación no son relevantes.

La capacidad de representación del intercambio que tiene el dinero, y que determina su eficacia, se articula a través de un sistema de precios relativos; esto quiere decir que a pesar de las constantes variaciones, tiene que mantenerse una relación de equilibrio global. De tal manera que lo que ocurre en la economía “real” de las mercancías, debe estar respaldado por la economía “nominal” del dinero. La coherencia y adecuación de los precios está fundada además en una necesaria distribución del gasto a nivel individual y global, considerado esto, por cierto, como un promedio. Cada sujeto está dispuesto a adquirir un bien a un precio determinado, tomando en cuenta la necesidad o el deseo de adquirir otros bienes con un presupuesto acotado. Cabe proyectar esta misma distribución a la economía total. De no actuar estos límites resulta difícil concebir un mínimo de estabilidad en el sistema, que le permita conservarse. Simmel plantea lo siguiente:

“La adecuación del precio quiere decir, pues, que como individuo medio, una vez que lo he pagado, todavía ha de quedarme lo suficiente para comprar otras cosas,

igualmente deseadas... Si cada uno regulase sus gastos privados de modo tal que lo empleado en cada forma de mercancía fuera proporcional al conjunto de sus ingresos, ello significaría que su gasto en el objeto aislado está en la misma relación con la totalidad de la economía en la que también se encuentra la importancia del objeto aislado conseguido, con respecto al conjunto de los objetos que le resultan deseables y le son asequibles.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 132

Ahora bien, la instalación y consolidación de la lógica pecuniaria como sistema y estructura del intercambio, no se produce sólo en virtud de estos factores puramente formales; hay una condición indispensable que es la “seguridad de las convenciones”, donde intervienen los procesos intersubjetivos e institucionales.

Desde tiempos remotos se han utilizado diversos medios de intercambio; comenzando con objetos ornamentales, con animales de crianza, metales preciosos, hasta llegar al dinero como una forma eficaz y evolucionada de representar el valor de cambio.

Hay una característica del pensamiento que Heidegger menciona en textos como “*La época de la imagen del mundo*”; y “*La pregunta por la cosa*”, que dice relación con la sustitución de los aspectos cualitativos por los cuantitativos; de manera tan radical que lo cuantitativo se transforma en una especie de cualidad, hasta llegar a lo gigantesco. Este fenómeno se refleja de manera esquemática en el caso del dinero. El aspecto que el dinero revela en las cosas es aquel que permite una comparación entre bienes de diversa especie, que disuelve la barrera aparentemente infranqueable de la singularidad. Pero se trata de un proceso que antecede a la modernidad, en cuanto a su modo de instalación, aunque alcanza la

plenitud de significado en la sociedad moderna, toda vez que la actividad comercial tiende a globalizarse.

Para Simmel la capacidad que tiene el dinero de representar adecuadamente el valor de los bienes, radica en la posibilidad de simbolizar en un factor cuantitativo todas aquellas cualidades que hacen deseable a un objeto; poniendo en relación múltiples deseabilidades que se vuelven conmensurables, y por lo tanto intercambiables. El costo evidente es la extinción de cierta aura especial que irradia la particularidad, al menos en las relaciones intersubjetivas referidas a la posesión e intercambio de objetos. Un aspecto favorable de esta “descualificación” de los objetos está en que se intensifica el intercambio y accedemos a un universo de bienes capaces de satisfacer los gustos y deseos más extravagantes. La mediación cuantitativa de la lógica pecuniaria produce una desvinculación del símbolo del valor, con las características del objeto. En esto radica, según Simmel, la eficacia:

“El principio, cada vez más eficaz, del ahorro de las fuerzas y substancias conduce a una circulación progresivamente extensa de representaciones y símbolos, los cuales carecen de toda afinidad intrínseca con aquello que representan, lo mismo sucede, por lo tanto, cuando las operaciones con los valores se realizan a través de un signo que va perdiendo progresivamente su relación material con las realidades definitivas de su esfera, convirtiéndose en un mero símbolo”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 148

La naturaleza y función del dinero provocan una paradoja que consiste en que algunos objetos, al servir como medio de cambio, son extremadamente útiles, pero con tal finalidad ellos mismos, en cuanto substancia, carecen de utilidad. Entonces existe una transparencia y fluidez del medio que lo hace apto para una circulación

donde hay un mínimo de resistencia o interés de conservar la substancia, a no ser que se trate de una avaricia con ribetes patológicos. La utilidad y el valor del dinero procede de sus “posibilidades funcionales”; pero extrañamente esta funcionalidad consiste en no servir a otro propósito que no sea el intercambio. Ahora bien, como cada vez más cosas se ponen en disposición para el intercambio y llegan a cuantificarse, el dinero resulta ser el más eficaz de los instrumentos; al menos en las condiciones normales de una civilización monetarizada. Para que la función pecuniaria alcance una preponderancia no basta la abundancia de la producción generada desde el dispositivo tecno-científico, es necesaria una relación más estrecha de los intereses en juego; dice Simmel:

“El dinero es expresión y medio de la relación, de la interdependencia de los hombres, de su relatividad, que hace depender la satisfacción de los deseos del uno de la de otros...”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 155

La eficacia de la circulación monetaria, su idoneidad para expresar los juicios recíprocos de valor sobre los bienes, su adecuación para poner en relaciones proporcionales las partes y el todo de la mercancía, hacen suponer a Simmel que debe haber una armonía preestablecida inconsciente que hace funcionar en relativo equilibrio el sistema económico. Reconoce empero que una motivación inconsciente no constituye una explicación suficiente, y se la determina como tal sólo en oposición a lo que convencionalmente entendemos como proceso racional. Ahora bien, a la luz de las conocidas y periódicas crisis del sistema a lo largo del siglo XX y XXI cabe poner un signo de interrogación, sino una sospecha definitiva sobre tales pensamientos. La mano invisible que opera por encima de cualquier proyección racional aparece hoy demasiado comprometida en un debate ideológico.

“La voluntad y la previsión conscientes de los individuos no serían suficientes para mantener la circulación económica

en aquella armonía que ésta posee y es superior a sus temibles incongruencias o irregularidades, hay pues, que suponer la existencia de experiencias y cálculos inconscientes que penetran el proceso histórico de la economía y lo regulan”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 159

Con independencia de las complejas cuestiones políticas y sociales involucradas en el funcionamiento del sistema económico, el dinero ofrece un aspecto puramente instrumental, que sirve a los propósitos que la sociedad y el individuo determinan. Sin embargo, es necesario reconocer que ese carácter esencialmente instrumental que lo hace formar parte del fenómeno técnico, le confiere una significación que termina afectando él mismo las relaciones sociales y la subjetividad. El asunto principal aquí es identificar el tipo de operación que la lógica pecuniaria ejecuta con respecto a los soportes que dan base al intercambio. Simmel considera que la modificación principal tiene que ver con la disolución de las certezas con respecto a lo que se había entendido como sólido, inmutable y substancial. Las categorías del devenir, la fluidez, la relatividad, la perspectiva y el valor entran en escena cuando se impone la lógica monetaria. Este cambio de dimensiones metafísicas cae dentro del ámbito del nihilismo; aquella tendencia histórico-filosófica que Nietzsche identificara como una fluidificación del Ser.

El ascenso en la importancia del dinero para las relaciones sociales es un fenómeno moderno, y no es ajeno al predominio de la subjetividad y su perspectiva del valor, con la consecuente pérdida de consistencia de lo ente en sí mismo; quedando incluso reducida a esa especie de materia oscura que es la cosa-en-sí kantiana. Bajo estos presupuestos el valor substancial, que anteriormente remitía a un respaldo en metales preciosos, pasa a constituirse exclusivamente como función, de modo que no es necesario otro respaldo que la propia dinámica y poder de la circulación. El valor funcional no se refiere al valor del dinero en el mercado

cambiarlo, donde las monedas se transan y miden recíprocamente conforme a estimaciones sobre la solidez de las economías que como sistema global sí operan en tanto respaldo.

A juicio de Simmel, el valor funcional es la característica distintiva de la dinámica pecuniaria en la época moderna, por contraste con la Antigüedad y la Edad media, en que predomina una concepción substancialista del dinero, como un medio destinado al consumo y no a la producción. Desde Aristóteles a Santo Tomás se considera que el interés es moralmente reprobable ya que el dinero que se devuelve debería tener el mismo valor que el que se ha dado en préstamo. La producción de dinero sería considerada contra-natura. En la concepción moderna el contraste es radical; el dinero no sólo tiene una función, sino que “es una función”. Aquí entramos en la descripción contemporánea de una “blancura operacional” como lógica de las relaciones sociales que plantea Baudrillard. Ya no estamos limitados a la producción y la escasez; la dinámica del intercambio produce un flujo monetario que no está sujeto a un referente substancial; con el préstamo o el dinero giral podemos ejecutar operaciones que van más allá de la situación actual y “real”. De manera que el aspecto virtual adquiere una preponderancia sobre el aspecto real, que en sí muestra los estrechos límites del valor de uso. Con este paso de lo substancial a lo funcional, el dinero se transforma en un factor dinamizador de la economía, que fuerza a los protagonistas del proceso a incorporar todo tipo de previsiones y cálculos sobre lo que eventualmente puede suceder en términos económicos. De manera que esta misma previsión se convierte en una fuente de producción tanto más eficaz que los medios materiales. De hecho se puede afirmar que por ejemplo el préstamo aumenta considerablemente el potencial productivo dividiendo la “eficiencia del dinero” en dos partes, si la apuesta tiene fundamento, es decir, retorno, el dinero queda en manos del deudor para los propósitos que estima valiosos, pero queda también en el acreedor, que posee cierta seguridad en el reembolso, con el interés correspondiente al riesgo.

La relativa autonomía de la lógica pecuniaria con respecto al sistema productivo o “economía real”, no implica una operatividad bajo cualquier condición. Hay una estructura legal, y política, una institucionalidad que sirve de soporte;

principalmente en lo que se refiere a la confianza, que es fundamental en toda acción económica. Simmel indica lo siguiente:

“el hecho de que una materia tan endeble y fácilmente destructible como el papel, se convierta en el portador del más elevado valor monetario es solamente posible en un ciclo cultural tan sólido y estrictamente organizado y con tales garantías de protección mutua que elimina una serie de peligros elementales, tanto de carácter exterior como psicológico.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 132

Esto muestra que el dinero no es un instrumento que opere desde una estructura económica pura, de un intercambio que no tiene circunstancia. Para funcionar, el dinero necesita de un fundamento sociológico e institucional, donde ejerce su influencia desde la religión hasta la metafísica, además de toda la variedad ideológica que cabe imaginar. Existe una autonomía relativa que se activa una vez que el proceso de la industrialización y la mercantilización está en marcha; pero esto no justifica un tratamiento de la acción económica como dato primario irreductible, ni de la economía como ciencia pura.

Las instituciones como el estado y el derecho garantizan que la acción económica del intercambio se realiza con acuerdo a ciertas normas estables e igualitarias, de modo que cada actor puede entregar un bien a cambio de otro a través de un medio que tiene un valor reconocido por todos. A esto se debe la gravedad asignada a las acciones orientadas a su adulteración: ponen en riesgo un fondo de confianza de vital importancia para el proceso económico.

Ahora bien, las instituciones no pueden generar confianza por sí mismas; ellas son eficaces como garantía del proceso económico sólo en la medida que son el correlato de una sociedad constituida por individuos previsibles y calculables. En términos semejantes a como hace Nietzsche en *“Genealogía de la Moral”*, Simmel asume como referente de la confianza involucrada en la acción económica a una consistencia del yo, como unidad que perdura en el tiempo y puede responder de sus actos y compromisos.

“También el crédito económico contiene en muchos casos un elemento de esta fe supra teórica que se manifiesta en aquella confianza en la comunidad, en el sentido de que ésta nos ha de garantizar la contrapartida de valores a cambio de los signos simbólicos por los que hemos entregado los productos de nuestro trabajo... contiene aquél complemento de una fe social psicológica, emparentada con las religiones.”

SIMMEL, Georg; *Filosofía del Dinero*, pág 190

Dadas las condiciones sociales y políticas fundamentales, el dinero puede ejercer su función de una forma en que los elementos que entran en relación multiplican su productividad a partir del movimiento generado. La intensidad, la fluidez y la velocidad de los intercambios provocan una situación en que un máximo de energía es desplegada y puesta en actividad; de ese modo también lo cualitativo determina lo cuantitativo. Simmel cree ver en ese movimiento intensivo de los actores en el proceso económico un rasgo común a la técnica moderna, y en este sentido, una dirección histórica inexorable. El elemento unificador es una “condensación” de fuerzas que permite lograr más objetivos con un mínimo de tiempo. La “condensación” es una tendencia general de la sociedad moderna a través de la cual se integran al máximo los elementos aislados en un esfuerzo común orientado a la producción, no hay objetivos éticos, ni razón teleológica, sino

un crecimiento que se justifica a sí mismo. Así como en la técnica maquinista se comprime en espacio y tiempo una enorme fuerza mecánica (Baudrillard ejemplifica este punto señalando que la energía mecánica desplegada en una sola ciudad moderna equivale a la utilizada por todo el Imperio Romano) en las “leyes naturales” se condensa un sinnúmero de casos empíricos; y en el dinero se condensa una cantidad indeterminada de movimientos y transacciones.

BIBLIOGRAFÍA

HEIDEGGER, Martin

1.-Ser y Tiempo

Ed. Fondo de Cultura Económica.
Traducción de José Gaos.
México 1993.

2.-Tiempo y Ser

Ed. Tecnos.
Traducción de Manuel Garrido,
José Luis Molinuelo y Félix Duque.
Madrid 1999.

3.-La época de la imagen del mundo

Caminos de Bosque.
Ed. Alianza Universidad.
Traducción Helena Cortés y Arturo Leyte.
Madrid 1995.

4.-La pregunta por la cosa

Ed. Memphis.
Eduardo García Belsunac y
Zoltan Szankay.
Bs.As. 1992

5.-La pregunta por la técnica

Ed. Universitaria, colección.
Saber y Cultura.
Santiago 1997.

6.-Introducción a la metafísica

Ed. Gedisa.
Traducción Angela Ackermann P.
Barcelona 1997.

7.-El concepto del Tiempo

Ed. Mínima Trotta.
Raúl Gabas P. y Jesús A. Escudero.
Madrid 1999.

NIETZSCHE, Friedrich

8.-El Nihilismo "Escritos Postumos"

Ed. Península
Traducción Gonçal Mayos
Barcelona 1998

BAUDRILLARD, Jean

9.-La ilusión y la desilusión estética

Ed. Monte Ávila.
Editores Latinoamericana.
Sala Mendoza.
Traducción Julieta Bombona.
Caracas 1997.

10.-Las Estrategias fatales

Ed. Anagrama.
Traducción Joaquín Jordá.
Barcelona 1984.

11.-La Transparencia del mal

Ed. Anagrama.
Traducción Joaquín Jordá.
Barcelona 1991.

13.- Serenidad. Odós Edic. Española. Versión Castellana Yves Zimmermann. España 1988.

Frederich Nietzsche

14.- Zarathustra. Ed. Orbis, Ed. Origen. traduce. J.C. García Bonón. Barcelona 1982.

15.- La gaya ciencia. Monte Ávila Editores. Traduce. José Jara. Caracas 1985.

San Agustín

16.- Confesiones Ed. Alianza, El Libro de Bolsillo. Madrid 1999.

Aristóteles

17.- La Física. Biblioteca Clásica Gredos. 1998. Madrid.

Emmanuel Kant

18.- La crítica de la razón pura. Estética trascendental Ed. Alfaguara. Traducción Pedro Ribas. Madrid 2002.

Hannah Arendt

19.-La Condición Humana. Ed. Paidós. Traducción Ramón Gil N. Barcelona 1998.

20.- Sobre la revolución Alianza Universidad, versión Española de Pedro Bravo. Madrid 1998.

George Simmel

21.- Philosophie de l' argent. Ed. Cuadrige/Pof, París 1997.

Jean Baudrillard

22.-El Intercambio simbólico y la muerte Ed. Monte Ávila Latinoamericana. Traducción Carmen Rada. Caracas 1992.

23.-La ilusión del fin. Anagrama, Colección Argumentos. Traducción de Thomas Kant. Barcelona 1993.

Gianni Vattimo

24.- Hacia una ontología de la actualidad (Artículo.-El Mercurio)

Frederic Jameson

25.- Las semillas del tiempo. Ed. Trotta. Traducción Antonio Gómez Ramos. Madrid 2000.

Daniel Bell

26.- Las contradicciones culturales del capitalismo. Alianza Universidad. Madrid 1996.

Ernst Jünger

27.-El Trabajador Ed. Tusquets. Traducción de André Sánchez Pascal. Barcelona 1990.

Jean François Lyotard

28.- Lo Inhumano Charlas sobre el tiempo Ed. Manantial. Bs. As. 1998

Herbert Marcuse

29.-El hombre unidimensional. Ed. Ariel. Traducción Antonio Elorza. Barcelona 2001.

Friedrich Georg Jünger

30.-Perfección y fracaso de la técnica. Ed. Sur. Traducción H.A. Murena. y D.J. Vogelmann. Bs. As. 1968.

Theodor W. Adorno y Max Horkheimer

31.-La Dialéctica de la Ilustración. Ed. Trotta. Traducción Juan José Sánchez. Madrid 1994.

Horst Kurnitzky

32.-La estructura libidinal del dinero Ed. Siglo XXI. Traducción Felix Blanco. México 1992.

Guy Debord

33.-La Sociedad del Espectáculo Ed. Metales Pesados. Traducción J.M. de la Bruna.